

Concha García Castán



Equipo 

*Dirección:*

Guillermo Fatás y Manuel Silva

*Coordinación:*

M<sup>a</sup> Sancho Menjón

*Redacción:*

Álvaro Capalvo, M<sup>a</sup> Sancho Menjón, Ricardo Centellas

Publicación nº 80-15 de la  
Caja de Ahorros de la Inmaculada de Aragón

Texto: Concha García Castán

Ilustraciones: D. Pérez, M. Martín Bueno, J. C. Golvin, Á. Capalvo

I.S.B.N.: 84-88305-83-4

Depósito Legal: Z. 263-99

Diseño: VERSUS Estudio Gráfico

Impresión: Edelvives Talleres Gráficos

Certificados ISO 9002



# ÍNDICE



Introducción	5
EL TIEMPO DE MARCIAL	9
LA HISTORIA GRANDE	15
Nerón	15
El año de los cuatro emperadores	25
La dinastía Flavia	29
LA HISTORIA CHICA	38
De Babilis a Roma	43
LA OBRA DE MARCIAL	57
FUENTES DE INSPIRACIÓN	59
El epigrama	59
<i>Graffiti</i> y priapeos	64
LOS ESCRITOS DE MARCIAL	68
INFLUENCIA DE MARCIAL	81
BREVE ANTOLOGÍA	85
Bibliografía	94



**E**n este fin de siglo nuestro, las viejas Musas, las nueve divinidades de griegos y latinos, a quienes está encomendada la tarea de propiciar y tutelar la inspiración de los artistas, estaban desayunando con un plato de gachas calentitas, en una mañana de esas brumosas que tiene el Monte Olimpo, cuando llegó —tarde, como siempre— una décima hermana. Era ésta una tardana que le había nacido al Arte muchos siglos después: revoltosa, cotilla, populachera, copiota de sus hermanas, pretenciosa e irresistible. Hablamos de Cinesia, la más pequeña de las Musas, a la que ya no conocieron griegos ni romanos porque Zeus, viejo y destronado por Jehová, la había engendrado en una mortal corriente, en una noche de crápula parisina. Cinesia tenía una curiosidad ecuménica y aquella mañana vino con una nueva noticia:

—¿A que no sabéis qué nuevo movimiento han inventado los artistas?

—¿Otro más?

—¿Y por qué no? —dijo Talía.

—Cuéntanos.

—Veréis: lo llaman Minimalismo.

—¡Divina Atenea! ¿Y de qué se trata?

—No sé, chicas. Y creo que ellos tampoco lo tienen muy claro. Andan intentando definir qué son y qué quieren. Se han inventado un lema con el que pretenden explicarse: «Menos es más».

—¡Atiza, vaya novedad! Eso ya se inventó en nuestros tiempos.

—¿Cómo que en vuestros tiempos?

—Pues, sí, ignorantona, claro que sí. Tú no lo sabes porque no habías nacido; y como lo de hincar el codo no es lo tuyo, pues eso, que no te lo sabes.

A Cinesia, lo de ser acusada de inculta le enfurruñaba sobremanera, pero, como le podía la curiosidad, dejó que sus hermanas se lo contaran.

—Nena, no hay nada nuevo bajo la capa del sol: «Lo bueno, si breve, dos veces bueno» lo escribió Gracián; y «Lo bue, si bre, dos ve bue» es de Perich. La gente de la Hispania Tarraconense lleva siglos con esos lemas. El maestro de la brevedad, el gran Marcial, era también de allí. ¿Que quién era Marcial? Ay, chica, que se nos enfrían las gachas, luego te lo contaremos...

\* \* \*

Este librito tiene la pretensión de dar a conocer la historia de un poeta, el primero de nombre conocido, que nació en tierras hoy aragonesas y que lleva la impronta de todos los grandes artistas de aquí. Da lo mismo que el

método de expresión sean los pinceles, la pluma o la cámara de cine. De Marcial a Buñuel, pasando por Gracián, Goya o Sender, hay algo común a todos ellos que lleva a los foranos a decir: «¡Qué mala lengua tienen los aragoneses!» Algo de razón llevan, pues todos los mencionados son maestros en el arte de la crítica. Desgraciado el que se pone en su punto de mira porque, palabras o pinceladas, como te caigan encima, vas bueno: se ríe de ti hasta el Lucero del alba.

Marcial a quien más se parece es a Goya: los dos tenían una infinita gracia para ridiculizar a las gentes de su tiempo y, a la vez, una gran ternura y delicadeza para describir personas o lugares que les eran queridos. Ambos eran pobres de nacimiento y cobraron fama gracias a su valía, trabajando para un monarca absoluto y para los grandes señores de



*Marcial, según un sello español de Correos*

su tiempo. Los dos amaron a las mujeres, pero lo más tierno de sus afectos lo reservaron para los amigos. Y ambos murieron lejos de las gentes que los habían aplaudido... o aborrecido.

Me gustaría, si terminan de leer este libro, conseguir que les entrara un deseo irresistible de leer los epigramas de Marcial. Si no ocurre así, no será culpa suya sino de la autora. Un buen comienzo para conocerlo es la antología de la profesora Ducay, de cuidada y elegante traducción, bilingüe; pero los amantes de la sal gorda tendrán que satisfacer su paladar en otras fuentes, indicadas en la bibliografía.

Aprender latín con Marcial es mucho más divertido que hacerlo con Plinio *el Joven*, que era de pluma pretenciosa y retorcida. El bilbilitano huyó de la afectación, de la expresión oscura y de la retórica innecesaria como de la peste; porque lo suyo, ante todo, era el deseo de ser comprendido. La prosa de las cartas que encabezaban sus libritos es elegante y sobria. Pero Marcial es, formalmente, un escritor: la velocidad y agudeza de su pensamiento tuvieron a su servicio unas cualidades verbales prodigiosas, plenas de claridad y concisión. Hubieron de pasar muchos siglos para que las Hispanias dieran un comunicador de su talla, a despecho de Quevedo y de Gracián, complacidos con la expresión oscura y en rizar el rizo para sorprender a los mismos a quienes ridiculizaban; hay que toparse con un Umbral para encontrarse con un escritor que se le parezca.

el  
tiempo  
de Marcial





La historia particular de un hombre siempre va ligada a la de su tiempo y el de Marcial es particularmente movido e interesante. Los años de su buena estrella son los de los emperadores Flavios y, más concretamente, los del último César de esta dinastía, Domiciano —segundo hijo del fundador de la misma, Vespasiano—; pues es con este hijo menor del constructor del Coliseo con quien nuestro bilbilitano, convertido en poeta cortesano, se atreve a dar el salto que significa publicar sus obras. Cosecha entonces fama y honores. La mayor parte de sus libros de epigramas se publica entre los años 81 y 96, que son los del reinado de Domiciano. Cuando éste muere asesinado, en el 96, Marcial intenta seguir disfrutando de los favores de los nuevos señores y compone poesías laudatorias para el efímero emperador Nerva y para su sucesor, el gran Trajano. Pero debió de ser inútil su empeño, ya que se había significado demasiado con el último de los Flavios, que murió violentamente y que tenía “mala prensa”. Cuando Trajano entra en Roma, en el año 99, Marcial se vuelve a su BÍLBILIS NATAL, la actual Calatayud. Por algo sería.

Los años que Marcial vive en Roma, la capital del enorme Imperio, conocen ocho emperadores, una guerra civil como no se había visto desde los tiempos del primer César, conjuras para terminar con el poder absoluto de los emperadores y, al ser descubiertas éstas, muerte, destierro y confiscación de bienes de muchas de las mejores familias.



*Bilibis, vista general del yacimiento*

Salvo en el 68 d.C., el año terrible llamado “de los cuatro emperadores”, Roma no conoce guerras sino en los confines lejanos de su Imperio, y no para extender sus dominios sino para sofocar rebeliones; conocemos de manera pormenorizada la más importante de éstas, la de Judea, gracias a Flavio Josefo, noble judío a quien los Flavios perdonaron la vida y adoptaron y que cambió su odio bíblico contra Roma por una ferviente admiración.

Para saber más sobre Marcial debe hacerse un somero repaso de la historia de su tiempo. La época cuenta con

abundantes estudios, basados en su mayoría en los relatos que escribieron los grandes historiadores al servicio de Trajano, sobre todo, Suetonio y Tácito.

Los dos cuentan con un importante aval: fueron testigos presenciales de parte de los sucesos que narran. Pero, también, y a despecho de sus pretensiones de veracidad, son escritores al servicio de la nueva dinastía, la de los Antoninos, y nada más cómodo, para dar un aire de libertad a la nueva era —y para que sirviera de punto de comparación con la acrisolada honradez de Trajano y de Plotina, su mujer— que levantar la veda sobre la difusión de la vida y milagros de sus antecesores. De las obras de Tácito y Suetonio se hicieron numerosas reelaboraciones posteriores, muchas de ellas por escritores cristianos. Éstos, interesados en establecer contrastes entre la inmoralidad pagana y la nueva ética cristiana, fueron gestando la leyenda de la Roma decadente, corrupta, inmoral y perversa.

Los poetas —el que nos ocupa y otros, como Persio o Juvenal— también pusieron su granito de arena, puesto que con sus sátiras (amargas y despiadadas por parte de Persio y Juvenal; más risueñas y candorosas por la de Marcial) contribuyeron no poco, con el ojo enfocado en todo lo risible o deleznable de la sociedad de su tiempo, a alimentar la imaginación desbocada de la posteridad. Que aún cree en tales cosas. Entre todos redondearon el primer mito literario en torno a una gran ciudad, cosa que ya se

había iniciado unos decenios antes con los grandes poetas líricos de la Corte de Augusto, el primer emperador: Horacio, Ovidio y Catulo.



*Relieve erótico de época romana*

# LA HISTORIA GRANDE



## NERÓN

**E**n los días que nos ocupan, la historia “grande”, la única que durante muchos siglos mereció ser recordada, relata los sucesos de los últimos años de Nerón, cuyo nombre aún simboliza la crueldad gratuita. Fue un emperador matricida y uxoricida por partida doble: mató a su madre, Agripina, e hizo asesinar a su primera mujer, Octavia, hija del emperador Claudio y de Mesalina; y mató, seguro que sin quererlo —porque ella estaba embarazada y Nerón, que le tenía un gran amor, deseaba un heredero—, a su segunda mujer, la bellísima y más que mala Popea, de una patada en el vientre, propinada en un arrebato de cólera violenta.

Reinando Nerón, en el año en que Marcial llega Roma (el 64 de la Era), en pleno verano y cerca ya del típico “ferragosto”, arde la ciudad en el más



*Moneda de oro con retrato del emperador Nerón (Foto: A. Capalvo)*

famoso incendio de la Historia. Fue el peor de todos los que los romanos padecieron. Las malas lenguas dijeron que, a la clarita del día, recién llegado de su villa veraniega de Anzio, Nerón contemplaba, desde la cima del monte Esquilino, la belleza fatídica de la Urbe en llamas; fascinado, tomó su lira y comenzó a declamar un poema épico, compuesto por él mismo, que narraba el incendio de Roma como si fuera el de Troya, cantado por el inmortal Homero. Las mismas malas lenguas cuentan que, al parecer, fue el propio emperador quien había hecho nacer el incendio. Puede ser que ambas cosas fueran verdad, porque Nerón estaba como una cabra; pero los historiadores modernos lo ponen en duda, ya que lo de cantar, después de tres horas a uña de caballo —que es lo que costaba llegar desde Anzio a Roma—, sin dormir y con la garganta hecha polvo por el humo, debió de serle punto menos que imposible. Sea como fuere, el dedo acusador de la ciudad señaló al emperador como autor del incendio; éste, a su vez, señaló a los judíos y ellos, muy numerosos en la Urbe, dirigieron su índice a una pequeña secta surgida de entre ellos, la de los cristianos. Los pobrecillos sirvieron como chivo expiatorio para apaciguar a la plebe y sufrieron el martirio clavados en innumerables cruces o devorados por las fieras en el circo. En esta primera persecución de los cristianos murió, probablemente, San Pedro.

Si el joven provinciano buscaba sensaciones fuertes, las tuvo, como puede verse, y estos sucesos no fueron sino el

comienzo. Desde aquellos fatídicos días de julio del 64, una doble febril actividad agitó a la ciudad. Por un lado, los afanes que trajo el incendio: demolición de edificios en ruinas, barcos que venían por el Tíber transportando, desde el puerto de Ostia, alimentos y enseres para los muchos que habían quedado sin hogar y que volvían al

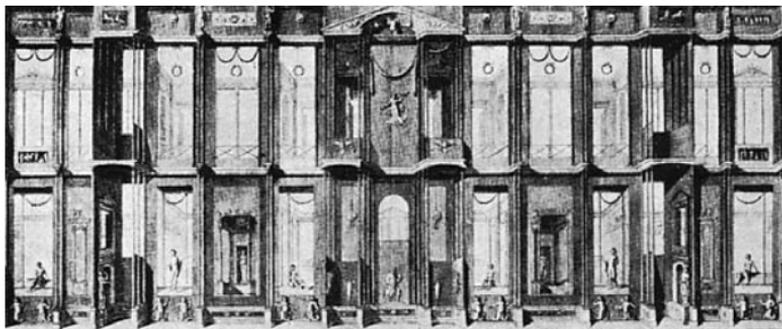


*Busto de Marcial, en Calatayud*

mar cargados de escombros; inmensas piras funerarias donde se quemaban los restos de los que no habían muerto completamente calcinados; limpieza y acondicionamiento de las tomas de agua potable, de las cloacas, etc. Por otro, la creación de una Roma más hermosa que empezó a surgir: amplias plazas porticadas, calles más anchas y rectas, palacetes, casas de vecinos, *insulae* (manzanas de pisos) no tan altas como las que el afán de rapiña de algunos constructores de la época había levantado antes y que se caían, con todos sus inquilinos dentro, cada dos por tres. Los arquitectos de Nerón no pararon; pero fue, sobre todo, la construcción de la nueva mansión imperial, la

*Domus Aurea*, sobre una superficie de unos 50 kilómetros cuadrados, entre los montes Palatino, Celio y Esquilino, lo que más trabajo les dio. No es este librito lugar para contarles cómo era este palacio desmesurado, y sus múltiples dependencias y jardines, producto del sueño loco de un emperador megalómano y orate. Todavía, en época flavia, cantaban su magnificencia y su belleza los poetas. Y aún hoy los católicos llaman de esta forma a María, madre de Jesús, en sus piadosas letanías.

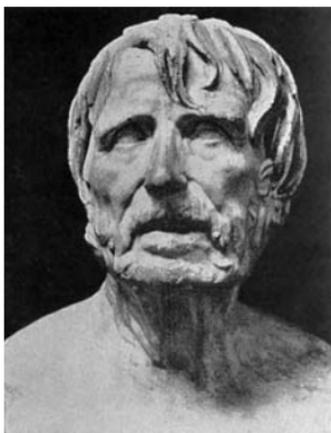
Y todo este gasto, ¿con qué dinero? Claudio, predecesor de Nerón, había fortalecido el tesoro imperial, esquilmando completamente por Calígula, pero no tanto como para que fuese infinito ni como para satisfacer los gastos suntuarios de Nerón y de su populismo. Sin la aportación de los botines de nuevas tierras conquistadas, ¿de dónde saldría el dinero? Como testimonia Suetonio, del despojo de los ciudadanos. Nuevos impuestos, más onerosos que nunca, esquilmaron el bolsillo de los romanos, sobre todo de los más ricos. El descontento se hizo general entre la gente adinerada, que se veía acusada de delitos de lesa patria que tenían como objetivo la confiscación de sus bienes. Incluso las pintadas callejeras decían, con cruel sorna: «El ministro de Hacienda de Nerón se llama Cicuta». Era éste un terreno abonado para que se produjera una conspiración destinada a poner término al gobierno. Y tal conspiración se produjo.



*Pintura mural de la "Domus aurea" de Nerón, en Roma*

Ocho meses después del gran incendio, la policía descubrió una conjura para derrocar al emperador y restaurar la República. Su cabecilla era el ilustre Cayo Calpurnio Pisón. En ella estaban implicados miembros del Senado, oficiales de las selectas cohortes del Pretorio y nobles caballeros romanos. Descubiertos la trama y quienes la habían urdido, se suceden las muertes por ajusticiamiento u orden de suicidio, con la pena aneja de confiscación de bienes y destierro de algunas de las más aristocráticas y ricas familias. Una de las casas más afectadas fue la de los hispanos Anneos, que procedían de la Bética. A ella pertenecían Séneca (el filósofo y dramaturgo, antiguo preceptor y asesor de Nerón) y su sobrino, el poeta Lucano. Estos nombres son importantes en la historia que afecta directamente a Marcial, puesto que los historiadores cuentan que el poeta, nada más llegar a Roma, estableció vínculo de fidelidad

con la familia Annea como “cliente”: este nombre se daba en Roma a quien se ponía de forma expresa y legal bajo la protección de un poderoso, para recibir su amparo a cambio de servirle en lo que se le demandase. De ser así, Marcial quedó, en este año 65, y tras haber caído en desgracia los Anneos, sin amparo.



*Séneca*

Nuevos desastres, en aquel mismo año, asolaron la ciudad. El peor, una epidemia de cólera que, en el otoño, causó gran mortandad entre sus habitantes. Pero no todo era pasarlo mal. Pocos meses antes, en el verano, se celebraron los segundos grandes Juegos Neronianos, magníficas competiciones hípicas, gimnásticas y poéticas creadas por Nerón en su propio honor, como claramente indica su nombre oficial.

Había que darle a la plebe algo en lo que distraerse de las desgracias pasadas. El mismo emperador, para regocijo de los de a pie y escándalo de la “gente bien”, competía en todos ellos, como auriga, atleta y poeta. Durante la celebración de aquellos juegos Nerón mató, aunque de forma accidental, a la bella Poppea, que estaba a punto de darle su primer hijo.

Nerón pudo reinar durante tres años más. En este tiempo viajó a Grecia para participar en los mismísimos Juegos Olímpicos, los más famosos y venerables del mundo civilizado. En loor de multitud pasó muchos meses recibiendo coronas de laurel: ni una sola hubo que no ganase él, en Olimpia, en Nemea, en Corinto, en Delfos y en todas las ciudades griegas, cargadas de fama, donde había competiciones importantes desde hacía siglos. Tan agradecido quedó el emperador que decidió independizar, parcialmente, a Grecia. Abrir una vía que, rompiendo el istmo de Corinto, uniera los mares Jonio y Egeo no era ninguna mala idea para agilizar el viaje por mar y a Nerón le pareció que era un buen momento para comenzar la magna obra que dejaría su nombre inmortalizado en la tierra de Homero y de Aquiles, de Hércules, Apolo y Zeus: ordenó, pues, comenzar la excavación del canal de Corinto.

En aquel tiempo se produjo la sublevación de la provincia de Judea, hecho que iba a marcar el ascenso de la oscura familia de los Flavios: Flavio Vespasiano fue nombrado general de las legiones que debían sofocar aquella rebelión, la enésima, de los judíos. Vespasiano y su hijo mayor, Tito, consiguieron reprimir el alzamiento. Para el verano del 67, Nerón tenía ya mano de obra gratuita para trabajar en la apertura del canal de Corinto: de cinco a seis mil prisioneros judíos que le había enviado Vespasiano. Pero, ausente de Roma durante tanto tiempo, en la siempre inquieta capital las cosas se complicaron para Nerón: la

presión fiscal y el retraso en el aprovisionamiento de víveres habían aumentado el descontento.

En el 68 son otras provincias las que se sublevan. Vándice (*Vindex*), un caudillo galorromano, inicia en enero, en la Galia Céltica, la rebelión; y declara hacerlo porque «Domicio Ahenobarbo [nombre de Nerón antes de ser emperador: era una especie de insulto] ha arruinado a todo el mundo romano, ha asesinado a los mejores senadores, a su madre y ¡además! arrastra la dignidad imperial por los suelos con sus aficiones al teatro». Esto dicen que dijo Vándice y que, en el mismo discurso, propuso el nombre del encumbrado senador Servio Sulpicio Galba, a la sazón gobernador de la extensa Hispania Tarraconense, como el más digno sucesor de Nerón en la púrpura y en el gobierno del Imperio. Galba, en abril, se sumó a la rebelión. Se



*Relieve del arco de triunfo de Tito en Roma: los despojos del templo de Jerusalén*

le había unido Salvio Otón, gobernador de la Hispania Lusitania y enemigo de Nerón: el cual lo había enviado a residir a la lejana Mérida... porque era el marido de Popena. Este primer intento de hacerse con el poder fracasó en Besançon, donde las tropas de Vindice fueron derrotadas. Pero la rebelión era tan imparable como el descontento de las clases influyentes.

En la atestada ciudad de Roma era factor de suma importancia la voz de la calle: de boca a oreja, en tablillas de cera u hojitas de papel (esto es, de papiro), en los fustes de las columnas y en las paredes de los monumentos y de las casas, se dicen y escriben consignas, noticias falsas que esparcen rumores de venganza y castigo, epigramas denigratorios que piden la cabeza del tirano. Los clientes escribidores de los grandes patronos tuvieron, como se ve, que hacer muchas horas extra. Aquella labor de intoxicación de la opinión pública era necesaria porque el corazón de los que nada tenían pertenecía al



*Teatro de Bilibis, en proceso de excavación*

emperador, a quien únicamente reprochaban que se hubiera tirado un año y pico de farándula lejos de Roma.

Nerón recibió la noticia de la rebelión de Vándice en Nápoles; en aquella primavera del 68 esperaba allí, de vuelta de su viaje a Grecia, a que los caminos estuvieran transitables para volver a Roma. ¿Qué más pasó? Que Nerón no era hombre de guerra. Por un momento, acarició la idea de ponerse al frente de las tropas aprestadas para sofocar la rebelión. Pero no lo hizo. Y se la jugó con eso. Regresó a Roma, se encerró en su palacio e, inexplicablemente (para nosotros), no puso en marcha la maquinaria policial que hubiera hecho, una vez más, caer cabezas. El 9 de junio, el Senado se sintió con fuerzas suficientes como para declararlo enemigo del Estado y reo de la pena que se aplicaba en estos casos: muerte ignominiosa. Nerón, ayudado por un fiel liberto, se suicidó.

Durante mucho tiempo el pueblo se negó a creer que el emperador hubiera muerto. Circularon rumores de todo tipo: se decía que estaba vivo, que andaba huido por tierras de Oriente y que volvería para castigar a sus enemigos; que un vate pelirrojo, de ojos azules como los de Nerón, vagaba por el Egeo, en las islas Cícladas. Se ve que, para el pueblo, el aún joven emperador —cuando murió sólo tenía 36 años— no era tan monstruoso. Los ciudadanos de a pie lo querían. Puede suponerse lo que aducían en su defensa: que “lo de Agripina”, su madre, estaba más

que justificado, por ambiciosa y traidora, y que “lo de Popea” no fue intencionado y había obedecido a “un mal momento”. Después del incendio se portó como un padre con los que habían quedado sin hogar. Y lo de los pobres senadores... ¿Cómo que pobres? Bien se les había estado.

## **EL AÑO DE LOS CUATRO EMPERADORES**

Los meses que van desde la muerte de Nerón hasta el advenimiento de Vespasiano fueron de horror para Roma y para las tierras de la Península Itálica. La pugna de los grandes jefes militares y de sus seguidores para hacerse con el poder fue la causa de todo. Servio Sulpicio Galba —ilustre senador, hombre de confianza de Tiberio, Calígula y Claudio, ex cónsul y general respetado— se había encastillado, tras la derrota de su aliado Víndice, en Clunia (Coruña del Conde, Burgos), ciudad grande, nueva y fortificada y a muchos kilómetros del *Mare Nostrum*. A la muerte de Nerón, Galba fue proclamado emperador.

Una intensa y sigilosa labor política había precedido a su proclamación. Se ganó a los pretorianos, tropas selectas y abundantes y única guarnición de la ciudad de Roma, mediante la promesa de un gran donativo que luego no pagó. Así que duró en el poder apenas siete meses. Marco Salvio Otón, gobernador de Lusitania, había seguido a Galba en la creencia de que, siendo como era el nuevo empe-

rador, viejo y sin hijos, sería adoptado por éste y le sucedería en el trono. Pero Galba adoptó a Lucio Calpurnio Pisón Frugi, y Otón no se lo pensó dos veces: ofreció 10.000 sestercios por su cabeza a los pretorianos (Judas, cuarenta años antes, cobró 120 por entregar a su Maestro) y prometió 50.000 más (una fortuna) si mataban a Galba. Galba y Pisón fueron asesinados en febrero del 69.

Otón tardó menos aún que Galba en perder el trono. En Germania los oficiales de Vitelio, comandante del ejército del Rin nombrado por Galba, sublevaron a las legiones bajo su mando y proclamaron emperador a su general. Vitelio sabía que, para desalojar a Otón del palacio de los Césares, era obligada la guerra. En pleno invierno, los ejércitos del Norte emprendieron la marcha sobre Italia. Para marzo, después de atravesar los desfiladeros de los Alpes, los generales de Vitelio se enfrentaron con las fuerzas de Otón. El 24 de marzo del año 69, en la llanura de Bedriaco, entre Verona y Cremona, se dio la batalla decisiva. Otón perdió sus tropas. Vitelio, que llegó días después, contempló la magnitud del desastre y dicen que dijo, ante el hedor del campo de batalla: «El cadáver de un enemigo siempre huele bien. Sobre todo, si es romano». En Roma, Otón se preparó a morir: el 15 de abril se asestó una puñalada en el corazón. Había reinado durante cuarenta y cinco días.

Vitelio no se apresuró a entrar en la ciudad. En cada municipio del trayecto, las fuerzas vivas le ofrecían una

costosa cuchipanda oficial. Desde cada ciudad, poderosos y desposeídos iban a su encuentro. Según Suetonio, la descomunal y abigarrada caravana, de no menos de 60.000 hombres, incluidos abundantes galos y germanos, entró en la Urbe tres meses después de la muerte de Otón: «Al son de las trompetas, cubierto con el manto de general y con la espada al cinto, rodeado de banderas y estandartes, mientras sus camaradas lucían el simple capote militar y sus soldados llevaban las armas al aire...», como en combate.

Vitelio lo dejaba claro: era el ejército, el que se partía la cara en los confines del Imperio, quien tomaba posesión del gobierno de Roma. Glotón insaciable, orgulloso, cruel y violento, las arbitrariedades que jalonan su reinado lo indispusieron pronto con los poderes establecidos. Para agosto, las legiones de Mesia, Panonia, Siria, Judea y Egipto



*Vitelio*

prestaban juramento de fidelidad como emperador al sobrio general Vespasiano. Una vez más, en ese año atroz del 69, arde la guerra en suelo itálico. Muy cerca de Bedriaco, en Cremona, las fuerzas de Vitelio son vencidas por las de Vespasiano.

Vitelio pretendió llegar, en Roma, a un acuerdo con los partidarios de Vespasiano. Pactó con

Flavio Sabino, hermano mayor de Vespasiano y prefecto o gobernador de Roma, un acuerdo por el cual se comprometía Sabino a respetar su vida y a entregarle cien millones de sestercios. Pero Roma estaba en manos de las tropas del propio Vitelio. Ante las gradas del palacio imperial, anunció que renunciaba al imperio y sus soldados protestaron ante lo que sintieron como una defección traicionera. Lo que siguió fue el incendio del sacratísimo templo de Júpiter Optimo Máximo, en el propio Capitolio. Flavio Sabino, que se había refugiado allí junto con otros leales a Vespasiano, fue capturado por los vitelianos y ejecutado por la plebe. De esta matanza consiguió escapar un joven sobrino de Sabino, Domiciano: el hijo menor de Vespasiano que, como su padre, sería luego emperador de Roma.

Con las tropas de Vespasiano a las puertas de Roma, nuevos combates dentro de sus murallas terminaron por dar la victoria a los atacantes. Vitelio sufrió una muerte deshonrosa. Los amantes de las sensaciones fuertes pueden satisfacer su curiosidad en la lectura de Suetonio, que no ahorra detalle sobre la crueldad de aquella muerte y las barbaridades a que fue sometido el cadáver del robusto emperador asesinado. En diciembre, para las populares y ruidosas fiestas en honor del dios Saturno, Vespasiano entró en Roma y dio comienzo a una época de gobierno estable y bien administrado. Comenzaba la era de los Flavios. Y la de Marcial.

## LA DINASTÍA FLAVIA

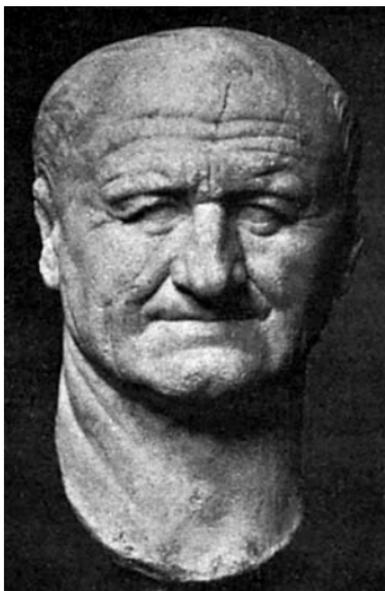
«La familia Flavia asumió y afianzó al fin el Imperio, que durante largo tiempo había estado inseguro y, por así decirlo, ambulante a causa del levantamiento y de la muerte violenta de tres emperadores; sin duda de origen oscuro y sin ninguna efigie de antepasados de que gloriarse, pero que, sin embargo, no proporcionó al Estado ningún motivo de queja, aunque es de sobra conocido que Domiciano sufrió justo castigo por su codicia y crueldad.» Así comienza el libro VIII de la *Historia de los doce Césares*, de Suetonio. Es un buen resumen de lo que significó para Roma la llegada de los Flavios al poder: reorganización y estabilidad. Crecieron con ellos el buen gobierno y la burocracia imperial.

### Vespasiano

«Clemente y de una sencillez republicana.» Así lo califica Suetonio. De los doce primeros Césares, es Vespasiano el más favorecido en los retratos del historiador. Para la aristocracia romana no era uno de los suyos, sino un advenedizo y un patán. Y tenían razón, porque su abuelo paterno había sido contratista de subastas estatales (un “publicano”) y su padre, Tito Flavio Sabino, recaudador de impuestos y prestamista, oficios ambos no sólo nada aristocráticos, sino mal vistos. El ascenso social de los Flavios se debió a que la madre de Vespasiano, Vespasia Pola, era de

buena familia. Por eso el futuro emperador usaba como segundo apellido el de su progenitora. Pero, además de valiente y capaz, Vespasiano sabía mucho de contar dineros y, como veremos, no se le quedaba pegado a las uñas. Era, después de tanto despilfarrador, lo que Roma necesitaba.

Tito Flavio Sabino y Vespasia Pola tuvieron dos hijos: Flavio Sabino y Flavio Vespasiano. Nació éste en el año 9 de la Era, cinco años antes de la muerte de Augusto. Empezó su carrera militar como cuestor, esto es, alto oficial subalterno, en la provincia de Creta y Cirene; fue luego, siguiendo el orden normal de la carrera política de la nobleza romana, edil y pretor bajo Calígula. En este tiempo casó con Flavia Domitila, quien le dio tres hijos: Tito, Domiciano y Domitila. Bajo el emperador Claudio, como legado (general en jefe) de la legión II Augusta, fue enviado a Germania y, de allí, a Britania. Volvió victo-

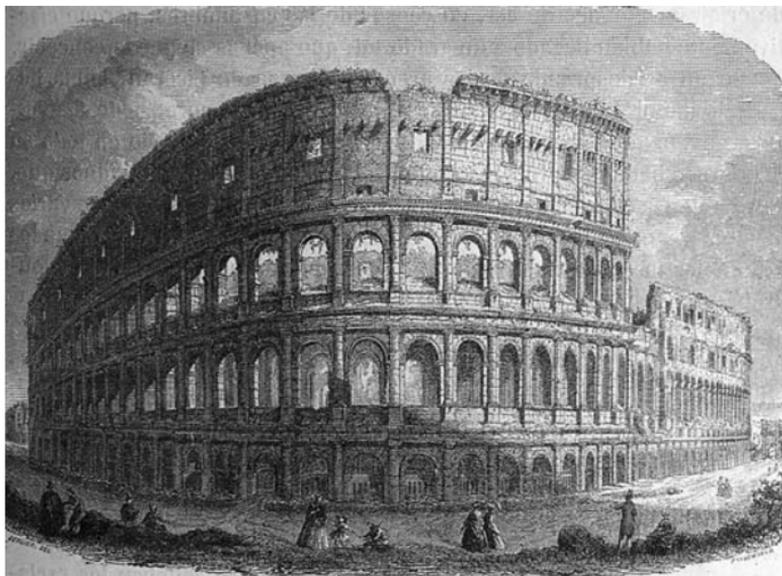


*Busto de Vespasiano (Museo Carlsberg de Copenhague)*

rioso a Roma y fue colmado de honores. Fue cónsul, la máxima dignidad estatal, en el año 51, lo que demuestra que gozaba del franco favor del emperador. No sólo de éste, sino también, y lo que es más importante, del de su influyente liberto Narciso, antiguo e ilustrado esclavo de Claudio y más poderoso, en la práctica, que cualquier senador de Roma. Vespasiano, probablemente, ya frecuentaba el palacio en tiempos de Calígula, porque estuvo locamente enamorado de Cénide, diligente liberta y secretaria de Antonia la Joven, madre de Germánico y de Claudio. Por eso se le dispensó el honor de que su hijo mayor, Tito, fuera educado con Británico, el desdichado y malogrado heredero de Claudio. Cuando Vespasiano fue proclamado emperador, ya habían muerto su esposa, Domicia, y su hija, Domitila: hizo desde entonces vida prácticamente conyugal con Cénide, su sempiterno amor.

Aunque en contra de la opinión de Narciso, Claudio decidió casarse con su sobrina Agripina, la madre de Nerón, habido de un matrimonio anterior y que fue inmediatamente adoptado por Claudio como hijo. Cuando Claudio murió, envenenado por su esposa, Vespasiano cayó en desgracia. Le tocó, por sorteo, el proconsulado de África: un puesto de primera magnitud para un senador, aunque alejado de Roma. No están de acuerdo los historiadores Tácito y Suetonio en cómo desempeñó su mandato, pero Suetonio dice que con honradez. Resultado: volvió a Roma tan pobre que tuvo que hipotecar todas sus posesiones a

su hermano Sabino y trampear para sobrevivir. Formó parte del séquito de Nerón cuando éste emprendió su inacabable gira atlético–artística por Grecia; pero, militar austero y nada lírico, «como se ausentaba muchas veces mientras el emperador cantaba, o se quedaba dormido en el asiento, cayó en la más completa desgracia y, tras haberse visto excluido de su círculo, se retiró a una ciudad pequeña y apartada, hasta que se le concedió el mando de una provincia junto con un ejército». Lo que sigue pertenece a los



*El Coliseo de Roma, inaugurado en época de Marcial*

años finales del reinado de Nerón y al tiempo de las luchas por el poder entre los generales. Ya sabe el lector cuál fue el resultado: para las Saturnales del 69, el rudo Vespasiano era el emperador de Roma.

### **Tito**

Nació en el año 39. Era, pues, riguroso coetáneo de Marcial. La historia le concede todos los atributos de los héroes: inteligencia, valor, belleza. En la guerra y en el amor lo tuvo todo. Y, para colmo, murió joven. Se educó en palacio, con Británico, y era un alumno listísimo, que descollaba tanto en las armas como en las letras. Vespasiano le concedió pronto toda su confianza y en su primogénito descansó plenamente cuando fue emperador. En la guerra de Judea, que Vespasiano dejó inconclusa para ganar la púrpura, fue nombrado legado. Al frente de la legión, su valor en las batallas se hizo tan famoso como su excelencia de ánimo. Tomó la ciudad de Jerusalén y volvió a Roma junto a su padre.

Si pudo mostrarse clemente durante su propio reinado se debe, entre otras cosas, a que, de hecho, ya gobernaba en vida de su padre y se había encargado de hacerle a éste, como prefecto del pretorio, el trabajo sucio de reprimir a los discolos del orden senatorial, cuando éstos organizaron una enésima conjura para, en nombre de la libertad republicana, recuperar el poder. A la muerte de su



*Calle de Herculano*

padre, en el año 79, Roma era una balsa de aceite y Tito se pudo permitir, en el escaso tiempo que le quedaba de vida, ser un padrazo con todos. Puesto que muchas eran suyas, en todo siguió las directrices que se había marcado durante el gobierno de Vespasiano.

Durante su reinado, en el año 79, tuvo lugar la erupción del Vesubio que sepultó las ciudades de

Pompeya y Herculano; en el 80 ardió Roma de nuevo y se inauguró el Coliseo, que en realidad es el “Anfiteatro Flavio”, en honor de la familia que lo edificó. En este mismo año Marcial publicaba su primera obra, el *Libro de los espectáculos*. Tito murió en el 81 y lo lloró todo el Imperio. La Historia lo recuerda con el inmejorable epíteto de “delicias del género humano”.

## **Domiciano**

El segundo vástago de Vespasiano nació en el año 51, en Roma, en un barrio de las laderas del monte Quirinal.

De pobre e ignominiosa califica Suetonio su adolescencia y primera juventud. Coinciden éstas con la caída en desgracia del círculo de amigos y protegidos del emperador Claudio, al cual pertenecía su padre. Además de la pobreza y de la ignominia —se entiende que la de su padre, porque él era muy chico—, Domiciano conoció la incertidumbre y el miedo, derivado del paterno, porque la familia de Vespasiano vivió con el alma en un puño durante el reinado de Nerón, temiendo cada día que les fuera enviada una orden de suicidio.

Cuando su padre fue destinado a Judea, Domiciano quedó en Roma, junto a su tío Sabino, prefecto de la ciudad. Fue testigo de los últimos días de Nerón y de las algaradas callejeras que se produjeron con la entrada en la ciudad de las desaforadas tropas de Vitelio. Escapó de milagro cuando los vitelianos incendiaron el Capitolio y asesinaron a su tío: le faltaban entonces pocos meses para cumplir 18 años y no olvidaría jamás el episodio. Pero lo peor que le pudo pasar a Domiciano fue tener un hermano tan perfecto como Tito. Era muy difícil competir con él por el amor y el reconocimiento de su padre. En los meses que pasaron desde que Vespasiano fue aclamado emperador hasta su entrada en Roma, Domiciano, no obstante su juventud, representó oficiosamente a su padre y se comportó como lo que era: un adolescente a quien le venía grande el papel que desempeñaba. Hasta su llegada al poder, pasó los años a la sombra de Tito, incubando resentimiento. No

ganó, o no se le concedió, el crédito de que habían disfrutado su padre y su hermano.

Pero Domiciano, ya emperador, fue un hábil administrador. Controló a sus funcionarios imperiales y a los gobernadores de las provincias para que gestionaran rectamente las finanzas del Imperio. Puso en marcha una política moralizadora que castigaba las prácticas sexuales anómalas y escandalosas para la moral convencional. Continuó con la política, iniciada por su padre, de conceder cargos públicos a la nobleza secundaria, los “caballeros romanos”, fieles por fuerza a un emperador del que dependía en exclusiva



*Domiciano*

su carrera; y admitió en las tareas de gobierno a gentes que no procedían de las grandes familias romanas sino que eran hombres competentes, de origen “burgués” y provinciano. En los límites del Imperio, durante su reinado se sublevaron las provincias lejanas del Norte y, tras pacificarlas, puso en marcha la construcción de la gran frontera fortificada de Germania, el *limes Germanicum*, una larga y maciza muralla destinada a contener a los bárbaros de las tierras del otro lado del Danubio.

En el año 89, un comandante insurrecto, Lucio Antonio Saturnino, fracasó en su intento de derrocar a Domiciano. En el 93, el emperador se sentía acorralado por las críticas de la clase senatorial, que había iniciado una nueva campaña de ataques desde de la opinión pública, con el fin “oficial”, una vez más, de restaurar una República imposible. Del 93 al 96, la implacable represión de los disidentes se cobró muchas vidas. El 18 de septiembre del año 96 Domiciano murió apuñalado en sus habitaciones de palacio. Entre los conjurados para acabar con él estaban su misma esposa, Domicia Longina, y Partenio, uno de los libertos imperiales que había gozado de su mayor confianza. El Senado ya había preparado un emperador de repuesto: Marco Cocceyo Nerva, uno de los suyos, respetable y anciano, sin hijos ni herederos y que, probablemente, estuvo al tanto de la conspiración.

## LA HISTORIA CHICA



Para conocer la vida de Marcial, aun con grandes lagunas, con mentiras o con exageraciones sobre su persona, hay que recurrir a la lectura de su obra, porque la única referencia que de sus coetáneos conservamos sobre él es de Plinio *el Joven*. Éste comunica a su amigo Prisco, en una carta, la muerte del poeta. La carta es del año 104 d.C. Así, pues, es esta fecha la única que, con seguridad, nos dice el tiempo antes del cual vivió Marcial.

Para todos los demás datos sobre su vida hay, por fuerza, que fiarse de lo que el propio poeta cuenta sobre sí. Y esto con restricciones, porque, en cuanto a las fechas de nacimiento y llegada a Roma, hay dos problemas. Según los estudiosos de Marcial, la décima colección de sus famosos epigramas (el Libro X), tal y como nos ha llegado, es una segunda edición, del año 98, en la que hay poemas que pertenecieron a la primera edición, del año 96. Precisamente en este libro es donde Marcial nos dice que llevaba 34 años en Roma y que cumplía 54. Según ello, Marco Valerio Marcial nació en BÍlbilis entre los años 38 y 40. Sus padres se llamaron Frontón y Flacila. Por sus conocimientos, se supone que siguió estudios de “niño bien”. ¿Dónde? No se sabe. Ni una sola vez menciona Marcial a Cesarau-

gusta en su obra conservada, ni a Tárraco, la capital provincial. Ni siquiera, y es curioso, aparece el padre Ebro, el gran río de la Tarraconense. Para Marcial, los ríos patrios son el Tajo y el Jalón; y las ciudades que menciona no son las del área de influencia cercanas a Cesaraugusta, adonde los bilbilitanos tenían que viajar para resolver sus papeleos. Lo cual induce a pensar que es del Oeste, del interior de la Celtiberia, de donde Marcial se reconocía vástago.

¿Qué sabemos de su ciudad natal? Salvo lo que dicen las excavaciones arqueológicas, nada, fuera de lo que él contó. Que, con ser poco, es mucho, porque ni Tárraco, ni Ilerda, ni Osca ni Cesaraugusta, y ni siquiera la Calagurris de su paisano y amigo Quintiliano, tuvieron la suerte de que les naciera un hijo con tal amor a su patria chica y cuya nostalgia le llevase a citar nombres de gentes, ciudades, ríos y fuentes de su tierra que, así, viven para nosotros, rescatados del olvido, a lo largo de su obra. Bilibis Augusta, en tiempos de Marcial, era un municipio de unos 5.000 habitantes. Localizado en la provincia de Zaragoza, muy cerquita de Calatayud, en el cerro de Bámbola y ceñido por las aguas del río Jalón, sus imponentes ruinas parecen decir al viajero que va desde la Meseta al mar: «Quienquiera que seas, si deseas cruzar estas montañas, has de pedirme permiso». A sus pies, una fértil vega. Bilibis fue rica no sólo porque, como lugar estratégico, cumplía, aun en tiempos de paz, funciones de vigilancia, sino también porque centralizaba el comercio del hierro que venía de



*Reconstrucción ideal de Bilibis, según J. C. Golvin y M. Martín Bueno*





*As de Bilbilis, con lancero y rótulo bi-l-bi-l-i-s en caracteres celtibéricos*



*Denario de Bilbilis, con retrato de Augusto y lancero*

las minas cercanas. La materia prima se trabajaba *in situ*. Era famoso el temple que daban a las armas las aguas del Jalón. Calatayud siguió con esta actividad hasta hace pocos años: el hierro era transportado hacia Sagunto y toda la ciudad despertaba con el ruido que hacían los forjadores al

martillar el metal candente. Todavía recuerdan los ancianos del lugar las más de diez herrerías que funcionaban en este siglo.

### DE BÍLBILIS A ROMA

Hacia el año 64, Marcial abandona su patria chica. ¿Antes o después del gran incendio? No se sabe. Por unos pocos versos en los que se menciona a la familia de los Anneos y porque dedica algunos epigramas a Pola Argentaria, la viuda del malogrado poeta Lucano, se piensa que, al llegar a Roma, se puso bajo la protección de ese influyente clan. La familia Annea procedía de la rica y culta provincia de la Bética. El más famoso de sus miembros, Lucio Anneo Séneca, había sido preceptor de Nerón y, cuando éste llegó a ser emperador, uno de sus consejeros más influyentes. A Séneca se le encontró culpable de haber participado en la conjura de Calpurnio Pisón, que intentaba derrocar a Nerón, y en el año 65 fue obligado a suicidarse. Corrieron la misma suerte sus hermanos y su sobrino, el gran poeta Lucano. Casi nada, pues, le duró la protección de los Anneos. Pero, entre los pocos versos en los que menciona a la respetable familia, hay un poema que dice:

Quando los atrios de los Pisones se erguían en pie con toda su  
/prosapia  
y la casa del culto Séneca conservaba sus tres apellidos,  
te preferí a ti solo frente a tan grandes reinos:

eras pobre y sólo un caballero, pero, para mí, el cónsul.  
Contigo he contado, Póstumo, treinta inviernos:  
teníamos un solo lecho común.  
Ya puedes hacer donaciones; derrochar, lleno de honores,  
cubierto de riquezas. Yo espero, Póstumo, a ver qué haces conmigo.  
No haces nada. Y es tarde para buscarme otro rey.  
¿Es esto, oh Fortuna, lo que te gusta?: “Póstumo me engañó”.

¿Quién era este Póstumo, el joven caballero que compartió su lecho con Marcial y a quien el poeta prefirió, no obstante poder buscar el amparo de los Pisones y los Anneos, antes de que cayeran en desgracia? Como casi siempre que Marcial descalifica a alguien, elude dar su nombre y lo oculta bajo un seudónimo. En otra ocasión, Póstumo da a Marcial un beso medio al desgaire y el poeta declara que, en vez de tal saludo, prefiere que le dé la mano, como se hace entre quienes carecen de intimidad o no desean compromisos públicos; pues “medio beso”, dado por quien ha sido más que amigo, es saludo vergonzante. Marcial, dolido, replica dignamente: «No me beses, dame la mano».

Con este “Póstumo” como patrono, y con otros parecidos, malvivió el poeta en un tercer piso de una *insula* o manzana de alquiler en la calle del Peral, en la ladera del Quirinal, cerca de la calle del Granado; precisamente, donde tenían su casa particular los Flavios. El abusivo alquiler por un año costaría, según cuenta Juvenal, lo mismo que comprar una casa en el campo.

Es dura la vida del escritor y más —sin Guttenberg— en aquellos tiempos. Especialmente, si no se cuenta con la fortuna e influencia de unos padres; si se es, según propia confesión, perezoso; si le complace a uno la noche más que el día y le encanta comer, beber, reír y disfrutar con los amigos y si, antes de que la vida bohemia tenga siquiera nombre, ya la ejerce Marcial como uno de sus primeros y más entusiastas adeptos. Como lo de escribir no daba para comer, ¿qué podía hacer para sobrevivir, en un tiempo como el suyo, un poeta pobre? Buscarse un mecenas. Pero, según él mismo dice, la época dorada de los mecenas había concluido. Sus padres no le habían dado un oficio, sino que le habían empujado hacia las letras. «¿De qué me han servido gramáticos y rétores?», se lamenta: «¡Más me hubiera valido aprender el oficio de zapatero!» Si no tienes un oficio, si tus protectores, los Anneos, han muerto; si has intentado llevar pleitos en el foro y los has perdido, ¿qué hacer? Marcial busca entonces acomodo como “cliente” y entra en el séquito de un hombre poderoso al que toma por “patrono”.

La relación entre cliente y patrono era muy vieja en Roma. Se establecía entre ambos un vínculo de fidelidad: el patrono protegía al cliente y cubría sus necesidades y éste se ponía al servicio del patrono, su “rey”, como Marcial lo llamaba. Un patrono, a su vez, podía ser cliente de otro aún más poderoso.



*Cestillo, pintura de tumba romana (Museo Nacional de Roma)*

Pero ¿qué hace un cliente? Con frío o calor, escolta la litera del patrono, a pie, en sus desplazamientos por Roma, le hace recados y gestiones. Si tiene dos buenos puños puede ser guardaespaldas o matón, pero no parece que fuera el caso de Marcial.

Lo suyo sería escribir poesías o lindezas que firmaría el patrono, o para divertirle, y soportar que le leyera las que él perpetraba, corregirle sus escritos, hacerle propaganda en tiempo de elecciones. No está mal que el patrono muestre que, además de rico, es hombre cultivado y sensible, que protege a un joven poeta lenguaraz, ingenioso y culto como Marcial. A cambio, el poeta recibe la “espórtula” o cestillo: un obsequio periódico con alimentos, regalos o dinero, según se haya estipulado o sea costumbre en la familia patronal. Puede que le inviten a cenar, a veces, o, si el patrono es generoso, que le regalen una capa, una toga —quizás usada— o alguna fruslería. No mucho más. Sobre su vida de cliente, Marcial escribió muchos epigramas. En éste describe, con amargo humor, en tres dísticos perfectos, algunas de las obligaciones de un cliente para con su protector:

Mientes, te creo; recitas malos versos, los alabo;  
cantas, canto; bebes, Pontiliano, bebo;  
te pedes, disimulo; quieres jugar a las damas, pierdo;  
sólo una cosa haces sin mí, y me la callo.  
Pero no me das nada de nada. “Cuando muera, dices,  
te dejaré un legado”. Nada quiero; pero muérete.

*Mentiris, credo; recitas mala carmina, laudo;  
cantas, canto; bibis, Pontiliane, bibo;  
pedis, dissimulo; gemma vis ludere, vincor;  
res una est sine me quam facis, et taceo.  
Nil tamen omnino praestas mihi. “Mortuus, inquis,  
accipiam bene te.” Nil volo; sed morere.*

Naturalmente, éste y otros epigramas sobre el mismo tema los escribe y da a conocer Marcial a toro pasado, cuando ha logrado la independencia económica y él mismo puede, a su vez, ayudar a otros. No hay que tomar al pie de la letra las poesías en las que se retrata como pedigüeño inveterado y critica las racanerías de los patronos: nadie con dos dedos de frente muerde la mano que lo alimenta. Con toda seguridad, no las hubiera escrito en tiempos de necesidad. Tal vez son una broma más del poeta, que se ríe también, literalmente, de su sombra pero que ya no necesita oficiar de cliente para sobrevivir.

Hasta el año 80, Marcial no publicó, que se sepa, una sola línea. Llamemos a éstos “sus años oscuros”. Tantas veces se queja de la dura vida del cliente que hemos de

creer que fue así como sobrevivió. Si intentó componer poesía en géneros mayores, como la épica, nada dice de ello. Cuando publica una obra, arguye siempre que para escribir algo como la *Eneida* hay que tener asegurado un ocio creador. Su poesía de entonces sería de usar y tirar: pareados jocosos que, durante las cenas, pueden servir, entre amigos, para reírse de un tercero, de las mujeres o de los nuevos ricos, ignorantes y ostentosos; de los defectos corporales de éste o de aquél y de sus vicios. Tanto sus invectivas de juventud, hoy perdidas, como las de madurez, que conocemos, estarían dirigidas a gentes que, aunque con nombre fingido, serían reconocidas por el círculo de Marcial.

Incendios, pestes, conjuras, una guerra civil. La historia grande describe los tiempos revueltos durante los cuales fue madurando su genio creador y tejiéndose la red de amistades que lo llevarían, ya mayor, a la fama. Pero no todo fueron desdichas. Roma era una ciudad sumamente divertida. El emperador y los grandes señores pagaban de su bolsillo infinidad de fiestas en nombre de los dioses tutelares de la ciudad. En diciembre las Saturnales, en marzo las Matronales, poco después las Florales, donde toda licencia de palabra y obra estaba permitida y en las que, para escándalo de los padres de la patria, las actrices de mimo -*mimariae*-, chicas fáciles —*faciles puellae*—, jugaban a quitarse la ropa. Toda Roma apostaba hasta las pestañas en el Circo Máximo, donde cabían 150.000 especta-

dores y competían, por equipos, los aurigas sobre sus carros de caballos. El mismísimo Nerón, para regocijo del pueblo, corrió en aquellas competiciones. El clamor difuso de la multitud, animando a sus equipos, llega hasta nosotros en los escritos de Marcial y Juvenal. Los vencedores eran tan famosos y ganaban tanto dinero como los grandes deportistas de hoy. Y si no había carreras, había combates de gladiadores en el anfiteatro, o concursos de gimnasia, o certámenes poéticos. Mezclado entre la plebe o, al correr del tiempo, en asiento de preferencia, entre las filas de los caballeros, Marcial no se perdería una. De hecho, el primer libro de epigramas que publica es, en realidad, una crónica deportiva: la de los grandes juegos de la inauguración del anfiteatro Flavio, el Coliseo de Roma.

Para cuando empieza a publicar, su nómina de amigos o conocidos es extensa. En ella figuran hombres ricos y



*Pintura mural de Pompeya con amorcillos bebiendo en una bodega*

poderosos, por su origen y sus actividades públicas. Marcial reconoce a algunos una alta calidad como poetas; pero no queda de ellos sino el testimonio de su amigo. En cuanto a nombres conocidos por la posteridad, casi todos los que en aquel mundillo contribuyeron a crear una Edad de Plata en la historia de la literatura latina eran amigos o conocidos de Marcial. De su misma edad era Estacio, el delicado autor de las *Silvas*. Los dos compitieron por el favor de Domiciano; compartieron temas y motivos de inspiración, halagaron a los mismos ricos y fueron amigos de la viuda de Lucano, Pola Argentaria. En vida, fue mejor considerado Estacio que Marcial. Era normal. Decir que se leía a Estacio era signo de buen gusto.

Pero con Tito y Domiciano las cosas cambiaron. Marcial recibió favores oficiales (Domiciano era más dado a conceder honores que sestercios), como el *ius trium liberorum*, privilegio fiscal que eximía de impuestos y cargas a los padres de tres hijos (¡a él, soltero empedernido!), y el anillo de oro de “caballero romano”, sin tener que demostrar que poseía los 400.000 sestercios de renta anejos a tal honor. Más, aún: fue nombrado tribuno militar, aunque no se sabe ni por cuánto tiempo ni con qué destino, honra y beneficios aparte. Marcial presume de ello y lo propaga a los cuatro vientos: tengo que sellar documentos, muchos me deben su derecho de ciudadanía, ya tengo asiento preferente en los espectáculos públicos. «Chincha y rabia, Nevolo, no sé por qué tengo que saludarte yo el primero,

cuando Océano, el acomodador del Circo Máximo, te hace levantar de una grada en la que yo me siento por derecho propio.» Son los años buenos de Marcial: una casa en la ciudad y una casita de campo en tierras de Nomento, que describió, entre bromas y veras, como escasamente productiva, pero buena para huir de Roma, dormir sin ruidos y ahorrarse encuentros con gente poco deseable.



*Fila de asientos de preferencia en un teatro antiguo*

Ahora que es famoso, publica poemitas sueltos que, en edición de lujo, en buen pergamino, en cajitas o con adornos valen seis sestercios (un denario y medio); recibe rega-

los costosos de amigos y protectores y es invitado a cenar o a pasar días de asueto en los lugares de veraneo de moda sin tener que mendigarlo. Con casi cincuenta años, la vida le sonrío y él presume de ello como un chiquillo.

¡Qué años aquellos, a la sombra de Domiciano! Y eso que, desde el año 93, los poemas que publica —casi todos, dedicados a ensalzar la figura del emperador— muestran que los tiempos no están para tomarse libertades. De nuevo, el Senado (que Tito, en vida de su padre Vespasiano, había podado de elementos contrarios al poder absoluto de los emperadores) recupera fuerzas; y la idea de la República, en nombre de la libertad (y del poder perdido), propiciada en las escuelas filosóficas donde se formaban los jóvenes cachorros de las casas patricias, vuelve a prender con fuerza. Los años que van del 93 al 96 fueron terribles para la gente importante. Tácito y Suetonio, los dos grandes historiadores, nos los describen con las más negras tintas. Domiciano, frenético de miedo y rabia, reaccionó con crueldad y una conjura, que incluyó a su esposa, acabó con su vida. Y con la muerte de Domiciano se apagó la estrella de uno de sus adictos oficiales: Marcial.

En el año 97, Marcial publica su undécimo libro. Es el año del viejo Nerva. Algunas poesías son, de manera directa, adulaciones al nuevo emperador. Otras, por su contenido, hacen pensar que Suetonio no andaba muy desencaminado cuando, para denigrar a Domiciano, menciona que

éste, de joven, se había ofrecido a Nerva para tratar de amores. Lo que no cuenta Suetonio es si Nerva dijo sí.

El 98 es el año de la reedición de su décimo libro, publicado en el 96. Versión corregida, con poemas suprimidos y otros añadidos, es la obra que más datos proporciona sobre su vida, lo cual ha hecho especular sobre las fechas de su nacimiento y de su llegada a Roma. En ella anuncia su deseo de abandonar la Urbe. Manda liquidar sus bienes y le pide a un amigo que le vaya buscando un retiro agradable en BÍlbilis; parece ilusionado con su vuelta a la patria chica.

Entre los meses finales del año 101 y la primavera del 102, Marcial envía a su amigo Terencio Prisco el último tomo de sus poemas. Como prólogo hay una carta en la que justifica su silencio de tres años, su repugnancia a escribir, y le dice cuánto añora todo lo que alegremente dejó en Roma: los amigos, las tertulias, las bibliotecas, los teatros; todo, en suma, lo que había inspirado lo mejor de su obra. Amargamente se queja de su situación y describe a Prisco un negro panorama de la sociedad bilbilitana: envidiosa, maledicente y con un par de canallas que, en lugar tan pequeño, son muchos. ¿Quién podría escribir en ese ambiente? A juzgar por la lectura de esta carta, que no estaba pensada para los ojos de sus paisanos, Marcial se siente en su tierra profundamente infeliz. Pero no todo debió de ser malo. En sus últimos años, consiguió vivir

como en muchos de sus epigramas dijo que quería hacerlo: durmiendo a pierna suelta, sin horario, en una pequeña residencia campestre. Ya no es un cliente obligado a seguir a su patrón. Todo lo contrario; ahora es él quien se queja de que los clientes madrugadores no le dejan dormir:

Cliente matutino, por ti dejé Roma:  
frecuenta, si eres listo, los atrios fastuosos.  
No soy abogado ni apto para rudos litigios,  
sino un viejo y perezoso compañero de las Musas,  
a quien placen el descanso y el sueño que me negó Roma.  
Si aquí tampoco se puede dormir, me marchó.

A Terencio Prisco dedica también otros poemas en los que agradece su protección y amistad, que venía de los tiempos de Domiciano. Pero no sólo Prisco le ayudó económicamente. En BÍlbilis encontró a una mujer, Marcela, en la que halló ayuda y afecto. Ella le regaló una residencia campestre, una *villa*. En logrados versos de serena armonía, Marcial le corresponde con respetuosos piropos. Aquella casita de campo por la que había suspirado en Roma le permite vivir, por fin, según sus deseos. A Juvenal, el poeta de las *Sátiras* —feroces diatribas contra la sociedad de su tiempo—, con quien Marcial, pese a ser mucho más mayor, tuvo amistad, le cuenta en una epístola que duerme a pierna suelta y se recupera, así, de las noches y de las mañanas en vela de sus treinta años romanos. Se burla cariñosamente de su amigo y lo imagina sudando la

toga por las calles de Roma: «En cambio, yo me he olvidado de ella. Por las mañanas, me pongo el primer pingo que encuentro en una silla coja...» Después de este libro, silencio. Marcial muere en BÍlbilis pocos años después.



*Pintura de BÍlbilis*



la  
obra  
de Marcial





## FUENTES DE INSPIRACIÓN



**P**ara saber cuáles son los referentes literarios de Marcial, ha de hacerse un breve recorrido por las fuentes en las que se inspira. Veremos qué era un epigrama, forma poética de vieja raigambre entre los poetas grecolatinos, que debe al bilbilitano gran parte de su buena fortuna; qué eran los *graffitti* y qué los priapeos. Finalmente, daremos breve noticia de los grandes poetas de la época augústea, de cuya obra parte Marcial para conformar su personalísimo mundo de creación.

### EL EPIGRAMA

Los griegos llamaban epigramas a las inscripciones en verso, breves, que grababan sobre las tumbas, al pie de las estatuas o en las paredes de los monumentos públicos. Con estas inscripciones se recordaban los hechos y personas del pasado dignos de permanecer en la memoria de las gentes. También se denominaban epigramas las inscripciones, a guisa de dedicatoria, que se grababan en algunos objetos, como platos, estatuillas o vasijas.

El epigrama era breve. A veces, sólo dos versos, con los que había que expresar un pensamiento completo: todo

un reto. Fue una forma poética que usaron con frecuencia ciertos grandes poetas griegos, con los que el epigrama pasó de la piedra al papiro y al pergamino, y con ellos se llegó a expresar toda la gama de sentimientos propios de la lírica de todos los tiempos: penas de amores contrariados, desengaños, lamentos fúnebres; así como también el gozo del amor correspondido, reflexiones morales, exhortaciones de corte ético, etc.

Arquíloco de Paros, la gran Safo de Lesbos, Píndaro, Simónides de Ceos, Anacreonte o Platón escribieron bellos epigramas, recogidos en colecciones que gozaron del favor de los lectores de la Antigüedad. Las más famosas fueron la *Corona* de Meleagro de Gádara, del siglo I a.C., y la *Corona* de Filipo de Tesalónica, del siglo siguiente.

Pero fueron, sobre todo, los poetas griegos de la época en que Alejandría dictaba las modas, allá por el siglo III a.C., quienes dieron al epigrama verdadera carta de naturaleza. El epigrama, que gana en extensión, ya que un solo dístico o par de versos era insuficiente para manifestar el sentir del poeta, gana también en variedad de temas expresados: lamentos por la muerte de un ser querido, a la manera de las inscripciones sepulcrales; alabanzas a personas y lugares; descripciones de obras de arte: estatuas, monumentos o pinturas; cantos para celebrar las bodas del amigo; retratos hiperbólicos que satirizan vicios y costumbres de los enemigos del poeta, con humor corrosivo. En

## INFLUENCIAS DE MARCIAL

Poner verde a un competidor literario, siguiendo la huella de Marcial, no fue raro entre nuestros poetas. He aquí dos ejemplos: uno, del gran Francisco de Quevedo y otro, de Félix María de Samaniego. El epigrama de Marcial dice así:

*Versiculos in me narratur scribere Cinna.  
Non scribit, cuius carmina nemo legit.*

Que Cinna escribe versetes sobre mí la gente cree.  
Pero nada escribe aquél cuyos versos nadie lee.

Quevedo, en su imitación de Marcial, cambia el nombre de Cinna por el de Luis (que es el de su enemigo literario, Luis de Góngora y Argote), amplía el número de versos y el dístico de Marcial se convierte en dos quintillas, aunque la sustancia no varía. Lo escueto de Marcial gana en Quevedo extensión y precisión, pero pierde en agudeza.

Dice don Luis que me ha escrito  
un soneto, y digo yo  
que, si don Luis lo escribió,  
será un soneto maldito.  
A las obras me remito:  
luego el poema se vea.  
Mas nadie que escribe crea  
mientras más no se cultive,  
porque no escribe el que escribe  
versos que no hay quien los lea.

Félix María de Samaniego, escritor del siglo XVIII, famoso por sus fábulas didácticas y moralizantes, lanza contra Tomás de Iriarte, fabulista como él, este dardo en forma de quintilla:

Tus obras, Tomás, no son  
ni buscadas ni leídas,  
ni tendrán estimación  
aunque sean prohibidas  
por la Santa Inquisición.

suma, el epigrama crece en longitud y diversidad. Grandes epigramistas fueron Leónidas de Tarento y, sobre todo, Calímaco. Los epigramas de estos poetas alejandrinos se conservan en la *Antología Griega* y son unos cuatro mil.

El género epigramático llegó a Roma igual que otras muchas manifestaciones artísticas y literarias que los latinos recogieron de la cultura griega. Y es que escribir un corto mensaje para las generaciones venideras sobre las paredes de los templos, en las tumbas o bajo las estatuas de héroes o dioses no era privativo del pueblo griego. Pero el cultivo asiduo del epigrama vino de ellos al pueblo latino, que se dejó ganar por la refinada cultura helena. Catulo, el gran poeta amoroso y lírico de época de Augusto, viste al epigrama de largo y expresa con él sus más íntimos sentimientos y experiencias personales, así como la sátira más despiadada que puedan producir unas expectativas frustradas en amor, amistad o política.

Hubo, en tiempos de Nerón, otros poetas que escribieron epigramas y que interesa aquí mencionar porque Marcial los reconoce como maestros suyos: Domicio Marso, Albinovano Pedón, Rufino, Estratón de Sardes y Nicarco. Con ellos el epigrama, vehículo para satirizar los vicios y costumbres de la sociedad, se convierte en el rey de las reuniones literarias. Como ocurre hoy con chistes y chascarrillos, no había sobremesa que no se amenizara con unos cuantos epigramas festivos, remotos antepasados de nues-

tros chistes, que tenían, muchas veces, protagonista conocido, lo cual añadía bastantes gramos de hilaridad a la burla contenida en el poema.

Nada de lo que entra en el campo de la lírica es ajeno al epigrama. Los epigramistas tocaron todos los temas que conciernen a los sentimientos y solemnizaron, también, los grandes momentos en las vidas de los hombres. Pero los asuntos más celebrados y solicitados fueron, sobre todo, de burla y escarnio acerca de lo que más duele al varón: la duda sobre sus habilidades o la mofa de sus costumbres en el sexo. Y para ello los epigramas hacían gala de un lenguaje prostibulario, libérrimamente obsceno, que condenó a sus autores a no merecer, por los siglos de los siglos, el *nihil obstat* de los censores cristianos.

Los primeros epigramas estaban escritos en hexámetros, versos típicos y frecuentes de seis unidades rítmicas que se distinguían por la alternancia de sílabas largas o breves, al modo en que nuestra métrica distingue entre acentuadas y átonas o sin acento. El hexámetro era el verso solemne de la poesía de altos vuelos, el preferido de la épica. Pero era pesadote, casi tanto como el verso alejandrino que utilizaron, siglos después, nuestros poetas del Mester de Clerecía. Hacia el siglo VI a.C. comenzaron a escribirse epigramas en los que se combinaba un hexámetro con un verso elegíaco, más corto y que reproducía el esquema rítmico de la primera mitad del hexámetro precedente. La combinación

de dos versos, uno hexámetro y otro elegíaco o pentámetro, se llama dístico elegíaco. Más agradable al oído, por la musicalidad que produce la alternancia de ritmos, ganó adeptos entre los poetas que escribían elegías y epigramas y gozó de larga vida, aunque compartió con otras formas estróficas su fortuna.

### **GRAFFITI Y PRIAPEOS**

Además de los propios romanos que él conoció, con sus decires y quehaceres, hay otras fuentes anónimas en las que pudo inspirarse nuestro poeta. Los *graffiti*, por ejemplo, son mensajes breves que se escribían en las paredes con tiza o carbón, como en nuestros días. La mayoría de los que conocemos aparecieron cuando los arqueólogos desenterraron Pompeya, a partir del siglo XVIII (y gracias, por cierto, al militar zaragozano que descubrió la ciudad sepultada por el Vesubio: Joaquín de Alcubierre). La gracia, la agudeza y el ingenio de estos ocasionales escritores muestran cuánto debe Marcial al ambiente de su tiempo y que no fue sino la encarnación más brillante del espíritu de su época. El propio Marcial da fe de la existencia de tales escribidores cuando dice a un tal Ligurra que no tema ser objeto de sus sátiras, ya que escribe tan mal que no es digno de aparecer en sus poemas, ni siquiera para recibir un vejamen.

Si quieres que se escriba sobre tí, te aconsejo que busques  
en un burdel barato a algún poeta borracho  
de esos que, con tiza o carbón,  
hacen versos de letrina para que lean quienes cagan.

Además de los *graffitti*, en prosa o verso, se hicieron muy populares los priapeos. Eran poemas en honor de Príapo, dios del pene, de origen campesino, cuyo culto “serio” fue cayendo en desuso. Príapo era fecundo y fuerte; se le representaba como un hombrecillo con un fallo tan grande como él y su estatua era casi obligada en las *villae*. Su función era disuadir a los ladrones de entrar en los huertos. Todos los priapeos vienen a decir más o menos lo mismo: «Ladrón: si entras en mi huerto, te vas a enterar». La amenaza, como pueden imaginarse, era de carácter sexual; y el lenguaje utilizado, el que algunos llaman obsceno, pues nombra sin tapujos los genitales que, en la cultura cristiana, son



Sátiro itifálico en cerámica griega

palabras tabú, impronunciables salvo en privado. El mismo Marcial escribió algunos en los que hace hablar a Príapo:

No he sido tallado en frágil olmo,  
ni la columna que se me yergue enhiesta  
con turgente vena es de cualquier madera;  
sino que he nacido de vivo ciprés,  
que no teme cumplir cien siglos  
ni la carcoma de una larga vejez.

Tú, malvado, seas quien seas, témela.  
Pues si con mano rapaz dañas aunque sea  
a los más pequeños racimos de esta viña,  
te nacerá, te guste o no, un higo\*  
que te será injertado por mi ciprés.

[\*juego de palabras: un higo, sinónimo de hemorroide]

Hay tantos rasgos comunes, en forma y lenguaje, entre la poesía de Marcial y los priapeos que algunos han llegado a pensar si no sería obra de nuestro poeta la más famosa colección de éstos últimos, el llamado *Corpus Priapeorum*. Parece ser que no, aunque el autor de la colección conocía la obra de Marcial.

De los grandes poetas latinos, es Catulo a quien más debe Marcial, de quien él mismo se consideraba deudor. Catulo, activo en el siglo I a.C., es el primero de los grandes líricos romanos. El mismo Julio César sufrió los agudos agujijones de sus poesías para escarnecer. Fruto de su turbulenta relación amorosa con una hermosa y casquivana

mujer, de los mil besos que le pide y, al ser traicionado, de los innumerables males que le desea, son los más arrebatadores versos que se han escrito en la poesía amorosa de todos los tiempos.

Marcial lo imitó, lo glosó y lo contradijo —los besos han de ser no mil, sino incontables—. El *odi et amo*, odio y amo, de Catulo no sólo inspiró a Marcial, sino que, en pleno siglo XX, vuelve a emerger en García Márquez: «Con el odio de los grandes amores» se quieren dos personajes de *El amor en los tiempos del cólera*.

Pero Marcial recibió también la influencia de muchos otros poetas romanos: Lucilio y Ovidio, Virgilio y Horacio se cuentan entre ellos. De Virgilio hay referencias en sus epigramas y muchos elementos de las *Geórgicas* y las *Bucólicas*. De Horacio, al que no nombra, muchos elogios a la vida retirada, lejos de Roma, y variantes del *carpe diem* (“coge el día”, es decir, disfruta del presente) con las que exhorta a sus amigos a gozar del momento.



*Estatuilla de Priapo*

## LOS ESCRITOS DE MARCIAL



**N**os han llegado más de mil quinientos epigramas del poeta bilbilitano. Muchos, no sabemos cuántos, se perdieron. O no se pusieron por escrito, o él mismo los destruyó porque era peligroso que, tras la muerte de Domiciano, siguieran circulando con su nombre. Tal vez algún copista gazmoño podó en sus libritos los epigramas más escandalosos. Polión Valeriano editó sus obras de juventud, piezas que, de no haber sido incluidas entre sus populares libros de epigramas, se habrían perdido.

Las naderías que escribí en otro tiempo, joven y niño,  
bagatelas mías que ya ni yo mismo reconozco,  
si quieres emplear mal tu tiempo  
y estás harto de no hacer nada, lector,  
se las podrás pedir a Quinto Polio Valeriano,  
que no permitirá que desaparezcan mis tonterías.

El *Libro de los espectáculos* encabeza la obra de Marcial y fue publicado hacia el año 80. Consta de 34 poesías, en dísticos elegíacos, y describe los magnos juegos que celebró el emperador Tito para festejar la inauguración del anfiteatro Flavio.

Crean los estudiosos que este libro nos ha llegado incompleto, mutilado y con algunos añadidos posteriores,

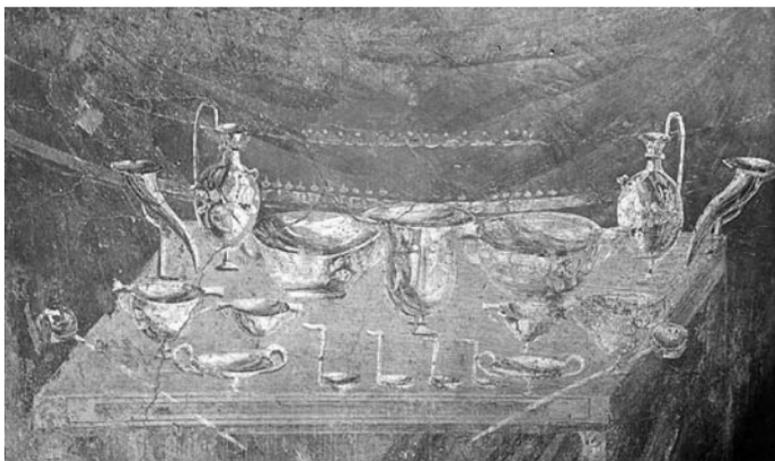
pues tiene cinco epigramas que describen los juegos celebrados por Domiciano años después.

Los libros XIII y XIV, publicados entre los años 84 y 85 y titulados *Xenia* (“Regalos”) y *Apophoreta* (“Obsequios”), aparecen al final de los doce tomos de epigramas. Son muy interesantes, además de divertidos y delicados. En las fiestas romanas, sobre todo en las de fin de año, se hacían regalos a los amigos; también, cuando se quería agasajar a alguien que venía de fuera de casa (un *xenos*, en griego, la lengua culta de las clases altas en Roma). Dejemos a Marcial explicar qué eran los presentes de buen tono que podían hacerse a los amigos: el poeta propone que, por poco dinero —y advirtiendo que el que gana de veras con la venta es el editor, y no el autor—, el amigo haga un regalo acompañándolo con una especie de tarjeta ingeniosa, en verso, en la que se diga en qué consiste el obsequio. Marcial compuso con ese fin varios dísticos que servían para el caso y que el comprador podría usar para redondear y dar aire refinado a su presente amistoso. Él mismo lo explica, en preciosos versos latinos, llenos de amable ironía:

La colección entera de *Regalos* de este librito  
te costará, si la compras, cuatro sestercios.  
¿Te parece caro? Pues si te cobrasen dos  
aún ganaría dinero Trifón, el editor.  
Si el dinero es cosa tan rara en ti como en mí,  
regalar estos dísticos a tus amigos es un saldo.

Cada uno se llama como el regalo que pienses hacer.  
Y si alguno no te sirve, te lo saltas, y en paz.

Todos los *Xenia* presentan cosas buenas de comer o beber: vinos, quesos, aves, productos del cerdo, legumbres, frutas. Imaginen: hígado de pato cebado con higos; ostras del lago Lucrino, aquella especie de vivero natural pegadito a la costa de Bayas, donde se criaban los más apreciados pescados de aquellos tiempos; higos de Quíos, jugosos y picantes, que Marcial, en otros libros, compara a las mujeres que excitan al amor; gruesas longanizas de Lucania, buenas para comer con blancas gachas; vinos de Falerno, de Setia, de Sorrento, de Tarragona...



*Vajilla de plata, pintura de Pompeya*

Si uno cree que la cocina romana, en las buenas mesas, era lo que describían Petronio en la cena de Trimalción o Gayo Apicio en su manual de cocina, estará equivocado. Petronio se ríe de las ganas de epatar de los nuevos ricos, los esnobs de su época; Apicio más parece un exponente (¡en aquellos tiempos!) de la *nouvelle cuisine*. La lectura de los *Xenia* y, aquí y allá, del resto de la obra de Marcial es un placer para los amantes del buen comer y nos informa mejor que nadie sobre los gustos alimenticios de los romanos en la época flavia, cuando la gente bien se decantaba por una cocina sin complicaciones, sencilla y natural. Preparar aceitunas del Piceno y llevar a la mesa un aceite recién obtenido, para aliñar una lechuga; unos puerros recién cortados, unas hojas de malva o ruda y añadir unas gotitas de salsa de *garum*, muy pocas (porque era, como el *nuoc mam* asiático de hoy, salsa de atún o anchoas en salmuera, de sabor muy intenso), era signo de distinción, de gente cultivada que sabe lo que come y cuida su salud. Las hortalizas eran consumidas en abundancia. Algún caprichoso, según cuenta Marcial, protegía su cultivo en tiempo frío bajo vidrios o cuarzos translúcidos.

Los *Apophoreta* eran también billetes con un dístico que acompañaban a los regalos hechos a los invitados en las Saturnales, fiestas que se celebraban en Roma en honor de Saturno (divinidad identificada luego con el Cronos de los griegos, dios del tiempo, entre otras cosas). Las Saturnales, que acabaron celebrándose a la griega y que se con-

virtieron en un rito social omnipresente, eran la particular Nochevieja de los romanos durante los días finales de diciembre, en coincidencia con el solsticio de invierno. Duraban una semana y no tenían fecha fija: Domiciano, por ejemplo, les asignó los días 17 al 23 de ese mes.

Marcial nos las deja entrever con suma gracia. Los niños tenían vacaciones, los poderosos se ponían el púleo de los libertos (un gorro parecido al frigio y que luego se confundió con él, hecho emblema de libertad por la Revolución Francesa) como si hubieran sido esclavos y éstos, también, como si ya no lo fueran.

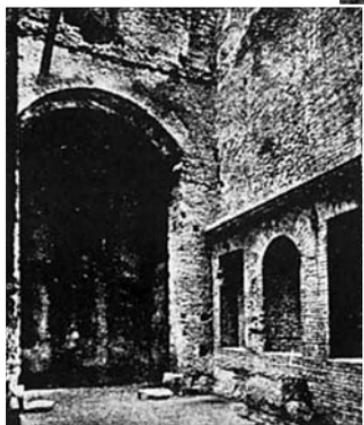
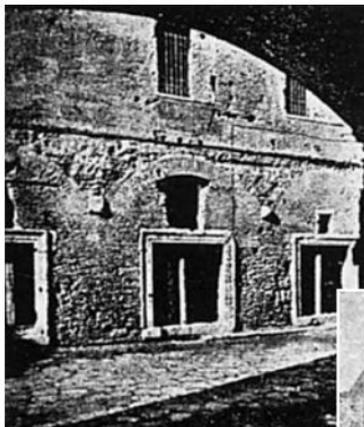
Se vivía el mundo al revés, como si el tiempo, a finales de año, estuviera a punto de comenzar un nuevo giro y, por unas horas, anduviera boca abajo. El amo permitía bromas al esclavo, la esposa podía hacer de marido; el pupilo, de maestro; el empleado, de dueño. Todo cabía en aquel gigantesco carnaval, del que procede el nuestro: la prostituta era dama, el ser humano remedaba al animal, el inteligente al estúpido, etc. Como ocurre en nuestros días, era obligado comer, beber, divertirse e ir de compras: dejar sin existencias a Cosmo, el perfumista de moda; darse una vuelta por los porches de Agripa, donde estaban las tiendas más caras, deambulando entre suntuosas sedas de la India y lanas doradas de la Bética; mirar, con ojos concupiscentes, las mesas de cedro sustentadas en cuernos de marfil o los cuerpos desnudos de hermosos muchachos

inmortalizados en mármol de Paros o del Pentélico; y llevarse, si el bolsillo lo permitía, un cuenco para ensalada hecho con el caparazón de una tortuga o un lindo vasito de alabastro. Y si no, pasarse por la calle Argileto, la de los librerías, y pedir en voz alta, en la tienda de Atrecto o Polión, que envuelvan un ejemplar de la *Eneida* de Virgilio —en pergamino— y otro de la *Farsalia* de Lucano; y, mientras se ponen en la mano del vendedor los sestercios que cuestan ambas obras, murmurarle al oído que envuelva también “un Marcial” y una colección de *Priapeos*.

Para llenar las mesas había que acercarse a la Subura, el populoso barrio donde todo se vendía; y, para adquirir pescados frescos, al Tíber, a los barquichuelos donde llegaban saltando en sus cestas, desde el cercano puerto de Ostia, salmonetes, morenas, doradas, quisquillas, erizos de mar o esturiones. La lotería de Navidad tal vez hunda sus raíces en la que se sorteaba por las Saturnales.

En general, había en esas fechas un ambiente relajado, un “todos nos queremos” como el de hoy y, en la mayoría de las familias romanas, a lo más que se llegaba era a un buen empacho; o a una borrachera, con todas sus consecuencias, digna de un legionario.

En los *Apophoreta* aparece el tipo de regalos que se hacían en las Saturnales; desde los más humildes, como un pastelito con forma de Príapo, un peine de boj, un orinal, una bufanda, un manojito de cálamos para escribir... hasta



*Tabernas del mercado de Trajano,  
en Roma*

los más suntuosos: estatuillas de plata o bronce, una mula enana, un caballito astur, un loro, una edición de lujo del gran Virgilio o, en el colmo de la generosidad y el dispendio, esclavos instruidos, versados en escribir más rápidamente que el dictado de su amo o en guisar exquisitamente, o en servir las mesas de postín. Todos estos dones se rifaban entre los comensales.

Tanto en los *Xenia* como en los *Apophoreta*, el arte de Marcial brilla en todo su esplendor. Nadie como él para condensar en el mínimo continente de dos versos tanto ingenio, gracia y elegancia.

Hay que tener mucho talento, mucho, mucho, para escribir tantos y tan buenos epígrafes. Entre los años 85 y 102, Marcial publica el grueso de su obra: doce libros más de epigramas. Para ser un perezoso, como dice que fue, escribió mucho. Y eso que, hasta que un libro no salía de sus manos camino de las librerías de Argileto, corregía los manuscritos incansablemente. Muchas poesías son para ensalzar a Domiciano, como ésta, que alude a una famosa coraza que llevó el César en su guerra sármatas del año 92:

Loriga de mi señor, impenetrable a las flechas sármatas,  
protección más segura que el escudo gético de Marte  
que, tejida con bruñidas pezuñas de incontables jabalíes,  
eres incluso invulnerable al ataque de una lanza etolia:  
feliz tú, que al ceñirte al sagrado pecho  
podrás caldearte con el espíritu de nuestro dios.

Ve con él e, indemne, cosecha magnos triunfos;  
pero tráelo, pronto, con la toga palmeada\*.

[\* toga purpúrea y con palmas bordadas en oro; sólo podía vestirla en un día de gran ceremonia un general (y, luego, sólo el emperador) tras una victoria excepcional y ratificada por el Senado]

¿Cómo no iba a elogiarlo? A Domiciano debe cuanto Roma le había regateado hasta entonces: tribuno, caballero, aceptado en el favor cesáreo. Pero sólo celebra sus buenas acciones, que no faltaron, y no se ceba en los enemigos del emperador. Fue, sin duda, adulador, pero no más que el distinguido Plinio *el Joven* en su celebrado *Panegírico a Trajano*, escrito poco después, ni en forma que resultase vergonzosa en aquel ambiente.

Muy pocos epigramas, pues no le dio tiempo, escribió para honrar al efímero y anciano Nerva y a Trajano. De haber vivido más, tal vez habría vuelto a Roma y habría gozado del favor de este último. Aunque con él no florecieron tanto poetas como historiadores que, a su servicio, dejaron muy claro que Trajano era mucho mejor emperador que cualquiera de los Julio-Claudios y Flavios. Junto con Domiciano, otros hombres ricos y poderosos, como Licinio Sura, Arruncio Estela, Julio Cerial, Plinio *el Joven* y muchos más que dispensaron amistad y protección a Marcial, fueron correspondidos por él con delicadas poesías en las que describe sus casas en Roma, en el campo o junto al mar; agradece regalos y favores y celebra sus éxitos en la carrera de los honores. Para éstos escribe en un lenguaje

exquisito, salpicado de citas cultas, de carácter mitológico o literario. Pero sin pasarse. Marcial odiaba el retoricismo y la costumbre de trufar los discursos, tanto en el lenguaje literario como en el jurídico, de citas eruditas, cosa de la cual abusaban muchos de los poetas y juristas de la época. También a sus amigos escritores dedica abundantes versos: a Silio Itálico, Juvenal, Quintiliano o Plinio *el Joven*, que ocupan un justo lugar en las historias de la literatura latina, a diferencia de otros amigos suyos, buenos escritores, pero cuya obra se perdió y a los que se recuerda únicamente por las menciones afectuosas de Marcial.

Con su poesía seria alterna la jocosa, la que le llevó, con los siglos, a las estanterías de los libros malditos pero que al final le permitió, aunque corregido y mutilado, llegar hasta nosotros. Y ¿qué dice Marcial en ellas? Verdaderas barbaridades, inmundas obscenidades, groserías prostibularias. El lector enrojece en algunas ocasiones durante su lectura pero, en muchas más, y aunque se avergüence de sí mismo, se muere de risa porque tiene el bilbilitano una gracia



*Amuleto fálico de Herculano*

## MARCIAL Y LA MEDICINA

Marcial arremetió algunas veces contra los malos médicos. También en este tema tuvo imitadores. He aquí uno de los epigramas que dedica a este tema y dos ejemplos de su influencia milenaria: una traducción y algunos poemas cuya fuente de inspiración es el dístico de Marcial.

*Nuper erat medicus, nunc est vespillo Diaulus:  
Quod vespillo facit, fecerat et medicus.*

La redondilla que sigue es sólo una muestra del buen hacer como traductor de Manuel Salinas y Lizana, clérigo de Huesca que vivió en el siglo XVII. Gracián lo admiraba y le dedicó muchos epítetos elogiosos en su obra *Agudeza y arte de ingenio*. En los muchos ejemplos en los que cita a Marcial como muestra de “arte e ingenio”, Gracián utiliza siempre las traducciones de su amigo Salinas.

Diaulo es hoy sepulturero,  
y ha poco que era doctor;  
lo que hace de enterrador,  
hizo médico primero.

Francisco de la Torre, poeta del siglo XVI, cuya obra dio a conocer Quevedo en el siglo XVII y que fue traductor de los epigramas del inglés Owen y de los de Marcial, escribió estos versos marcialescos, de cosecha propia:

Cuando os cura el doctor fiel,  
el vivir que lográis vos  
es que así lo ordenó él;  
mas si os morís ¡caso cruel!  
es que así lo ordena Dios.  
Ni aun con la muerte escapar  
podéis de pagar su yerro:  
que un doctor puede jurar  
sobre la cruz de un entierro  
que se la habéis de pagar.

De Juan de Iriarte, tío del fabulista, que cultivó el género epigramático, escribió otra variante sobre el mismo tema:

¡Que con la leche de burra  
así la salud recobre..!  
Más les debo a los borricos  
que les debo a los doctores.

De Francisco Martínez de la Rosa hay una colección de epitafios: *El cementerio de Momo*, de carácter festivo. De ella son estos tres versos:

Aquí un médico reposa,  
y al lado han puesto a la muerte...  
Iban siempre de esta suerte.

irresistible. Los mejores logros de la poesía burlesca de Quevedo son hijos de Marcial. El hombre a una nariz pegado, el que se amanceba con su mano, las viejas desdentadas que pretenden ser objeto de deseo, las bellas fingidas y muchas figuras más (no todo, porque Quevedo también era mucho Quevedo) están, para nuestro regocijo, en la galería de retratos de tipos risibles que nos deparan sus epigramas. ¡Cómo se reiría Roma entera! No sólo aquellos para quienes escribe son los destinatarios de su obra: Marcial tiene afanes de llegar al mayor número posible de lectores y las gentes que habían ido a la escuela eran muchas en sus tiempos. Incluso a las chicas, que sabían leer y escribir, y cuyos aires de intelectualidad son ridiculizados en los nada raros epigramas misóginos que jalonan su obra. Un golpe de certero ingenio, en dos o cuatro versos, tampoco necesitaba divulgadores ilustrados: el boca a boca debió de ser su mejor propagandista.

## INFLUENCIA DE MARCIAL



**M**arcial pensaba que los libros son las únicas obras humanas que no saben morir. Se equivocaba, pero no en su caso. Perdurar en la memoria de los hombres era su deseo y, con diversos avatares, lo consiguió plenamente. Juvenal, que no lo cita, es inconcebible sin él. Ausonio, el poeta tardolatino del *Collige virgo rosas* (“Coge, oh, doncella, las rosas...”), tópico inevitable en los siglos siguientes, lo menciona e imita sus epigramas. Sus obras, manuscritas, circularon a lo largo de centurias entre las gentes lectoras que le sobrevivieron. Tras la caída del Imperio Romano, los libros se refugiaron en los monasterios y Marcial el desvergonzado sobrevivió a tantos poetas censurados, destruidos, olvidados o condenados que desaparecieron para siempre.

De los manuscritos medievales pasó a la imprenta. Su primera edición moderna es de 1470. Más de cuarenta ediciones en España se hicieron, hasta 1600, después de ésta. Era inútil que la censura persiguiera sus ediciones. Los humanistas del Renacimiento lo empezaron a traducir a las lenguas romances. Más sabemos de la salud de que gozaban sus epigramas por las cartas que cruzan entre sí los eruditos que por la mención que de él hacen los escritores,



*Cerámica romana con motivo amorio*

oficialmente obligados a cierta pudibundez. Basándose en las listas de libros de lectura que han llegado hasta nosotros, algunos autores arguyen que no era muy leído en el Medievo. Pero ¿quién incluiría en las suyas a un autor tan poco recomendable, para que todo el mundo lo supiera?

El Renacimiento, en España, lo fue también para Marcial. Y no sólo en este país. En toda Europa se escribieron epigramas en latín, a imitación de los suyos: Sannazzaro, Poliziano y Bembo en Italia; Du Bellay en Francia, Owen en Inglaterra...

No puede este librito ser exhaustivo, pero hubo buenos imitadores del Marcial festivo, como el sevillano Baltasar de Alcázar. Para denigrar a un enemigo, imitar a Marcial era de lo más eficaz, y eso hicieron el conde de Villamediana, Juan de Jáuregui, Lope de Vega, Góngora y Quevedo. Este último fue traductor de Marcial en felicísimas redondillas. Del Marcial "serio" también quedan huellas en nuestros escritores de los siglos XVI y XVII; a veces sólo un

aroma lejano, una pavesa: cenizas que arden de amor, porque son las de un hombre que amó, renuevan sus fuegos en Quevedo; un corazón que llora, que suspira por un bien inalcanzable: en Marcial una obra de arte y, en Góngora, un ángel, fieramente humano, en forma de mujer. Entre los escritores aragoneses, los Argensola y el oscense Salinas y Lizana lo tradujeron y difundieron; pero fue Gracián, que había nacido en Belmonte, aldea cercana a Bómbila, quien más y

mejor supo interpretar la herencia de su paisano. En su *Agudeza y arte de ingenio* ilustra, con abundantes ejem-



*Portada de las obras completas de Marcial*

plos, glosas y comentarios de la obra de Marcial: qué tiene que saber un aspirante a escritor para hacerlo bien.

Los del siglo XVIII, tan serios ellos, también picotearon “marciales”. En Francia, Rosseau y Voltaire. En España, Juan de Iriarte y sus amigos ilustrados Cadalso y Moratín, nada renuentes a la sal más gruesa. La primera mitad del siglo XIX lee *El cementerio de Momo*, colección de epitafios satíricos de Martínez de la Rosa, pero el gusto por Marcial se va perdiendo. Aparentemente más desmelenado que el movimiento cultural de los ilustrados, el romanticismo era mucho más pudibundo y pacato. Y el siglo XX no conoce prácticamente a Marcial. Algunos han querido ver en Gómez de la Serna un hilo sutil que pudiera unirlos. En los años cuarenta, el Marqués de Dosfuentes publica unos epigramas que evocan al poeta romano y que hubieran merecido de éste, a no dudarlo, severísimo juicio.

Este fin de siglo malhablado, aunque no teme llamar a las cosas por su peor nombre, tiene en Marcial a uno de sus más ilustres desconocidos. Nuestras raíces culturales, bíblicas y grecolatinas, son sólo cenizas. Pero, bajo ellas, arde perenne, como un genial rescoldo de esperanza, el espíritu burlón de Marco Valerio Marcial, “vástago de celtíberos”, bilbilitano.

# BREVE ANTOLOGÍA



## A modo de autorretrato

Si te jactas de ser munícipe de los corintios,  
Carmenio, y nadie lo pone en duda,  
nacido yo de celtas y de iberos y ciudadano del Tajo,  
¿por qué tienes que llamarme hermano?  
¿O es que tenemos ambos parecido aspecto?  
Tú paseas monísimo tu melenita ondulada,  
yo me empecino en mi hispana pelambre.  
Tú, suave por el diario depilado;  
yo, con mi cara y mis piernas peludas.  
Tú hablas bajito y delicadamente,  
yo lo hago pegando gritos:  
no son más parecidos el águila y la paloma,  
ni más la tímida gacela y el severo león.  
Así, pues, renuncia a llamarme hermano...  
si no quieres, Carmenio, que te llame hermana.



## Mi chico perfecto

Si por ventura pudiera concedérseme un deseo,  
escucha, Flaco, qué muchacho querría pedir.  
Primero, que sea de las riberas del Nilo:  
ninguna tierra puede otorgar más picardía.  
Más blanco que la nieve: pues en la negra Mariótide  
más bello es tal color por ser más raro.  
Ojos como estrellas y suaves cabellos

que batan su cuello: no me gustan, Flaco, los rizos.  
Breve la frente, la nariz levemente aguileña.  
De las rosas de Pesto émulos sus labios rojos.  
Que me obligue a menudo cuando yo no quiera  
y no lo desee cuando quiera yo.  
Sea con frecuencia más libre que su amo.  
Que tema a los chicos y que más bien rechace a las chicas:  
que sea hombre para los demás y muchacho sólo para mí.  
“No sigas: ya sé de quien hablas, y no yerras:  
exactamente así era mi Amazónico”\*.

[\* Consuela a su amigo Flaco por la pérdida del precioso efebo de éste]



### **La desdentada**

Tenías, si recuerdo bien, cuatro dientes, Elia:  
una tos acabó con dos y otra con otros dos.  
Ya puedes toser a diario sin miedo:  
la tercera tos no tendrá nada que hacerte.



### ***Carpe diem***

¡Oh, Julio, el más querido entre mis amigos!  
Mi vieja lealtad y mis canas me permiten decírtelo:  
has vivido casi dos veces treinta consulados\*  
y tu vida cuenta ya con pocos días.  
No pienses en bienes que el futuro puede negarte  
y piensa que sólo es tuyo lo que ya te sucedió.  
Te esperan, uno tras otro, cuidados y fatigas;  
los gozos no son eternos, vuelan fugaces.  
Atrápalos y estréchalos con ambas manos:

aun así, si te relajas, huirán de tu seno.  
Créeme: no es de sabio decir: “Viviré”.  
Vivir mañana es demasiado tarde: vive hoy.

[\*en Roma se nombraban los cónsules anualmente]



### **Halitosis**

¿Te admiras de que apeste la oreja de Mario?  
La culpa es tuya, Néstor, cotilleas en su oreja.



### **Besos sin fin**

Dame, Diadúmeno, muchos besos. “¿Cuántos?”, dices.  
Me pides contar las olas de los mares  
y las conchas esparcidas en las playas del Egeo,  
y las abejas que revolotean por el monte Cecropio,  
los gritos y aplausos que resuenan en el teatro  
cuando el pueblo ve de pronto el rostro del César.  
No quiero los que Lesbia dio a su gentil Catulo:  
pocos besos desea el que puede contarlos.



### **Harto de Cloe**

Paso de tu cara, de tu cuello, de tus manos,  
de tus tetas, de tus nalgas, de tus caderas...  
Para no entrar en más detalles, Cloe:  
paso totalmente de ti.

### **Amante importuno**

Todas las mañanas cuentas que has soñado conmigo  
cosas que me turban y me inquietan.

Apuro los vinos de este año y del pasado  
mientras una hechicera me protege de tus noches;  
he ofrecido pasteles salados y montones de incienso,  
me quedo sin ganado sacrificando corderas;  
ni cerdos, ni aves de corral, ni huevos me quedan.  
¡Mantente despierto o sueña contigo, Nasidiano!\*

[\*Nasidiano se insinúa a Marcial; éste, burlón, lo rechaza y dice que el amor de Nasidiano le parece algo maléfico contra lo que es capaz de arruinarse para conjurarlo]



### **La verga del narigón**

Tu polla, Papilo, es tan larga como tu nariz:  
para que, cuando se empine, puedas olerla.



### **Boda de amigos**

Claudia Peregrina se casa, Rufo, con mi querido Pudente.  
¡Oh, Himeneo\*! Hónreseles con tus antorchas nupciales.  
Casán tan bien como el raro cinamomo con el nardo,  
como el vino másico con las mieles de Teseo;  
y no se unen mejor las tiernas vides al olmo,  
ni más quiere el loto a las aguas y el mirto a las riberas.  
Reside, blanca Concordia, en su lecho perpetuo.  
Sé, Venus, favorable a esta unión entre iguales:  
que ella lo quiera cuando sea viejo; que a ella también,  
cuando lo sea, no le vea él los años.

[\*dios de las bodas]

### **Falo quejumbroso**

Un vendedor de esclavos me pidió cien mil por un muchacho.  
Me reí yo, pero Febo los pagó al momento.  
Mi polla se duele de ello y se queja de mí consigo misma,  
y alaba a Febo para que yo le envidie.  
Pero la polla de Febo le ha dado dos millones:  
dame tú, polla mía, lo mismo y compraré mejor.



### **El luto del amigo**

La sombra sagrada de Salonino,  
la más hermosa que ven las moradas estigias,  
descansa en tierras iberas.  
No puedo estar de luto: pues quien te ha dejado,  
Prisco, mora ya donde prefería vivir.



### **Invitación a cenar**

Anuncian sus servidores la hora octava a la novilla de Faro\*,  
se suceden las cohortes con sus lanzas en el momento del relevo.  
Esta hora atempera el agua de las termas, demasiado caliente  
una hora antes, abrasadora en la sexta en las termas neronianas.  
Estela, Nepote, Canio, Cerial, Flaco, ¿venís?  
Mi mesa es para siete, somos seis: añadamos a Lupo.  
Mi casera ha traído laxantes malvas  
y hortalizas diversas que se dan en mi huerto,  
sedante lechuga y puerro ya sin su cabellera,  
sin contar la carminativa menta y la hierba afrodisiaca\*\*.

Rodajas de huevo coronarán caballas perfumadas con ruda  
y habrá mamas de cerda condimentadas con salmuera de atún.  
Esto, para picotear. La cenilla no tendrá sino un plato:  
un cabritillo arrancado a las fauces de un lobo sanguinario  
y costillitas asadas que no necesitan cuchillo;  
y habas, comida de menestrales, y coles tiernas.  
Añadiremos un pollo y un jamón que sobrevivió a tres cenas.  
Ya saciados, os serviré mis frutas,  
vino sin heces de una botella nomentana  
que tenía seis años cuando Frontino fue cónsul.  
A lo que seguirán bromas sin hiel y una confianza  
de la que no arrepentirse al otro día y nada que callar:  
hable a su gusto mi invitado de azules y verdes\*\*\*  
y no castiguen a nadie nuestras copas.

[\*la diosa Isis]

[\*\*acaso el perejil]

[\*\*\*colores de los equipos en las carreras de cuadrigas]



### **A Liciniano, orador y paisano**

Varón que no debe ser olvidado entre los pueblos  
celtíberos, loor de nuestra Hispania,  
verás, Liciniano, la altiva Bilibilis,  
noble por sus caballos y sus armas;  
y el Moncayo anciano por sus nieves y el sagrado  
Vadaverón de escarpadas montañas;  
y el dulce bosque del delicado Boterdo,  
al que ama la fecunda Pomona.  
Nadarás en el tranquilo vado del Congedo  
y en los suaves lagos de las ninfas,  
y relajarás tu cuerpo en el breve  
Jalón, el que templó el hierro.

Allí la misma Voberca te ofrecerá para la comida  
fieras que podrás cazar muy cerca.  
Aliviarás el estío en el áureo Tajo  
cubierto por las sombras de los árboles;  
la helada Dercita, y Nuta, la que vence la nieve,  
aplaclarán tu ávida sed.  
Pero, cuando en el canoso diciembre la implacable bruma  
sople con el ronco Aquilón,  
buscarás las soleadas costas de Tarragona  
y tu querida Laletania.  
Allí sacrificarás gamos presos en finas redes  
y jabalíes de la tierra, y vencerás a la astuta liebre con tu fogoso  
/corcel;  
y dejarás los ciervos para el labriego.  
El bosque vecino bajará hasta tu hogar mismo,  
rodeado de míseros niños.  
Invitarás a un cazador y acudirá al convite  
y se sentará junto a ti.  
No habrá lujosos borceguíes, ni togas,  
ni vestidos con aroma de púrpura;  
quedarán lejos el odioso ujier y el quejumbroso cliente,  
lejos las exigencias de las viudas;  
no romperá tu sueño profundo un pálido acusado,  
sino que dormirás la mañana entera.  
Sea otro quien gane un “¡Gracias!” magno y frenético.  
Pero tú, compadece a esos afortunados  
y disfruta sencillamente de la auténtica alegría,  
mientras a tu querido Sura le dan parabienes.  
No es vergonzoso tomarle a la vida lo que queda  
cuando se ha dado a la honra lo bastante.



## Nombres de la patria chica

Lucio, gloria de tu tiempo,  
que no permites que el viejo Moncayo y nuestro Tajo  
sean inferiores a la elocuente Arpi\*.  
El nacido en ciudades argivas  
cante en sus versos a Tebas o Micenas,  
o a la preclara Rodas, o a la libidinosa  
palestra de la lacedemonia Leda;  
a mí, nacido de celtas e iberos,  
no me avergüence poner en gratos versos  
los más rudos nombres de mi tierra:  
Bílbilis, la mejor en el cruel metal,  
superior al de los cálibes y nóricos;  
Plátea, que resuena con su hierro,  
ceñida por el Jalón, que da temple a las armas,  
de escasa pero inquieta corriente;  
Tudela, los coros de Rixamas,  
los festivos banquetes de Garduas;  
Péteris, roja por sus coronas de rosas;  
Rígas, antiguo escenario de los antepasados;  
los silaos, certeros con sus dardos ligeros;  
los lagos de Turgonte y Turasia,  
las límpidas aguas de la pequeña Tuetonisa,  
el sagrado encinar de Buradón  
por donde pasea incluso el caminante perezoso;  
los campos de la ondulada Vativesca,  
que Manlio cultiva con fuertes novillos.  
¿Te ríes, fino lector, de estos nombres  
tan rústicos? Puedes reírte:  
prefiero estos nombres tan rústicos a Butuntos\*\*.

[\*Lucio es tan buen orador como Cicerón, que era de Arpi]

[\*\*los nombres celtíberos no son más rudos que Butuntos,  
localidad itálica, de Calabria]

## Bilbilitanos

Paisanos míos, a los que BÍLBILIS Augusta engendra  
en el abrupto monte que baña el Jalón con sus rápidas aguas:  
¿no os causa contento la radiante gloria de vuestro poeta?  
Pues soy vuestra prez y vuestra reputación y fama,  
y no debe más su Verona natal al sutil Catulo  
y estaría encantada de que me llamaran suyo.  
Han transcurrido ya el trigésimo verano y cuatro cosechas  
desde que, sin mí, ofrecéis a Ceres los rústicos pasteles,  
mientras he morado tras las impares murallas de la señorial Roma  
y los reinos ítalos han encanecido mis cabellos.  
Si acogéis con buena voluntad al que retorna, iré;  
si tenéis el corazón hosco, me volveré.

**NOTA:** Las traducciones de Marcial provienen de los textos citados en la bibliografía, pero en todos los casos han sido adaptadas por la autora.



*Interior del Centro de interpretación de BÍLBILIS, financiado por la CAI  
(Foto: Daniel Pérez)*

# BIBLIOGRAFÍA



## **Algunas ediciones de Marcial**

DUCAY, E.: *Epigramas. M. Valerio Marcial*, Guara, Zaragoza, 1986.

GUILLÉN, J.: *Epigramas de Marco Valerio Marcial*, Institución «Fernando el Católico», Zaragoza, 1986.

IZAAC, H. J.: *Martial. Épigrammes I-III*, Budé, París, 1930.

MONTERO, E.: *Priapeos, Grafitos amatorios pompeyanos*, Gredos, Madrid, 1981.

RAMÍREZ, A. y FERNÁNDEZ, A.: *Marcial, Epigramas I-II*, Gredos, Madrid, 1997.

## **Otras obras consultadas**

BARREDA, F.: *Epístolas de Plinio el Joven*, Hernando, Madrid, 1891.

BASSOLS, M.: *Tácito. Historias*, Bosch, Barcelona, 1958.

CRISTÓBAL, V.: “Marcial en la literatura española”, en *Simposio sobre Marcial II*, 145–211, UNED-DPZ, Zaragoza, 1987.

RAMÍREZ, A. y AGUDO, R. M.: *Suetonio. Vidas de los doce Césares*, Gredos, Madrid, 1992.



1. **Aragón y Europa** • Servicio EuroCAI
2. **La Santa Capilla del Pilar** • A. Ansón y B. Boloqui
3. **Los Tapices de La Seo de Zaragoza** • Equipo de Redacción Cai100
4. **Los botánicos aragoneses** • Vicente Martínez Tejero
5. **El traje tradicional en Aragón** • Jesús A. Espallargas
6. **La economía agroalimentaria en Aragón** • Luis Miguel Albisu
7. **Baltasar Gracián. La iluminada brevedad** • Ignacio Izuzquiza
8. **La matacía** • José Ramón Marcuello
9. **La Navidad en Aragón** • Equipo de Redacción Cai100
10. **Los monasterios de Aragón** • Agustín Ubieto
11. **El Cid en Aragón** • Alberto Montaner
12. **Diseño industrial. Una perspectiva aragonesa** • Juan M. Ubierno
13. **El clima de Aragón** • José María Cuadrat
14. **El nacimiento de Aragón** • Juan F. Utrilla
15. **Marcial** • Concha García Castán



16. **La industria en Aragón** • Adolfo Ruiz Arbe
17. **Los fotógrafos aragoneses** • Carmelo Tartón
18. **La cerámica aragonesa** • M<sup>a</sup> Isabel Álvaro Zamora
19. **El escudo de Aragón** • Equipo de Redacción Cai100
20. **La medicina del siglo XVII en Aragón** • Asunción Fernández Doctor
21. **Gaspar Sanz, el músico de Calanda** • Álvaro Zaldívar
22. **El retablo de la catedral de Huesca** • Equipo de Redacción Cai100
23. **El Ebro** • Amaranta Marcuello
24. **Magdalena, Navarro, Mercadal** • Ascensión Hernández
25. **Los fósiles en Aragón** • Eladio Liñán

